
LÍNEAS DE SANGRE Y TRAICIÓN
SU AUDAZ
Seducción
UN OSCURO ROMANCE MAFIOSO
KELSIE CALLOWAY

SU AUDAZ SEDUCCIÒN

UN OSCURO ROMANCE MAFIOSO

LÍNEAS DE SANGRE Y TRAICIÓN

LIBRO TRES

KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2025 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



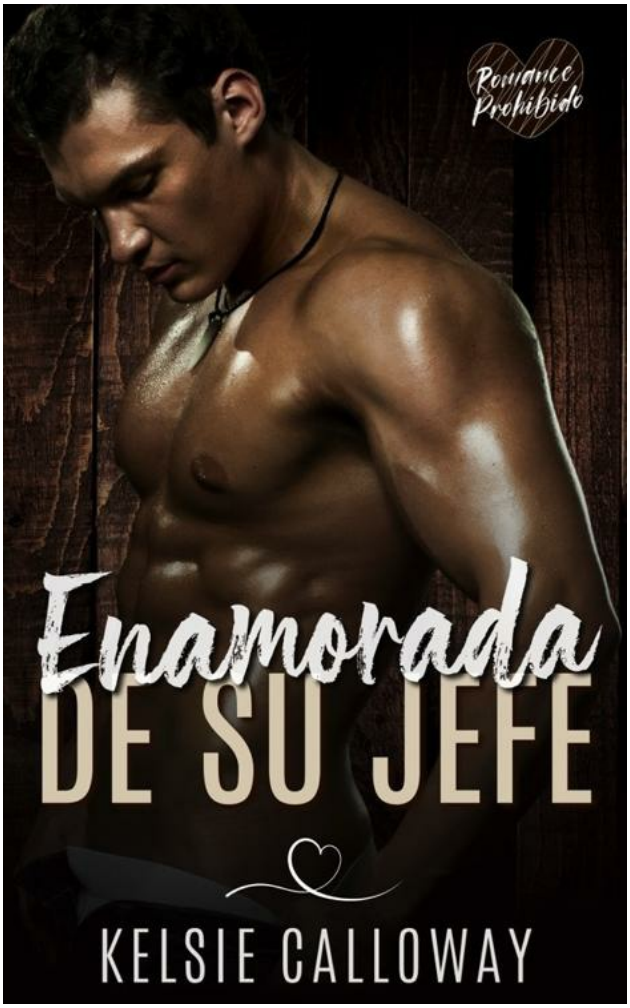
ÍNDICE

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

1. Costantino
2. Costantino
3. Isadora
4. Costantino
5. Isadora
6. Costantino
7. Isadora

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!
También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

COSTANTINO

No estaba preparado para Isadora Dutton. Ni por la forma en que sus largos y sueltos mechones rubios caían en cascada por sus hombros, ni por la forma en que sus bien formadas piernas parecían llevarla con una gracia natural. Era la forma en que te hacía girar a su alrededor, jugando con tus emociones como un hábil músico que extrae notas de un violín. Apareció de la nada, como un torbellino, poniendo mi mundo patas arriba y dejándome tambaleándome tras su estela.

Me siento como Sam Rothstein la primera vez que posa sus ojos en Ginger en la película Casino. Ella está lanzando fichas por el bullicioso casino, pero él solo puede concentrarse en su deslumbrante sonrisa y en la innegable belleza que irradia. El hombre con el que está podría pensar que es un poco salvaje, tal vez incluso imprudente, pero Sam está completamente cautivado, perdidamente enamorado.

Al igual que Sam, me encuentro atrapado por el embriagador caos que es Isadora. Me lleva al borde de la locura y la euforia al mismo tiempo. Tal vez sea la atmósfera de celebración de la unión de nuestros amigos más cercanos, pero hay algo eléctrico en reunirnos en una capilla pintoresca que enciende una chispa entre nosotros. Las risas llenan el aire, los secretos salen a la superficie y se intercambian esperanzas y sueños en medio de un burbujeante baño de champán. Es uno de esos momentos fugaces que se ven capturados en una película, que te dejan instantáneamente envidioso. ¿Por qué no se repite esa hermosa escena en tu propia vida? ¿Por qué no llegas a experimentar ese pintoresco momento de enamorarte perdidamente?

Pero cuando llega la mañana, la realidad se impone: Isadora se ha ido. No deja nada atrás, excepto unos cuantos pelos sueltos en la almohada, restos de la noche que pareció un sueño. Por un momento, me entretiene la idea de llamar a Enzo y exigirle que convenza a Autumn para que me dé su número, pero después de una ducha fría y una taza de café negro bien cargado, logro recuperar mis sentidos y los restos de mi compostura destrozada.

Desde el momento en que puse los ojos por primera vez en Isadora, supe que era diferente a cualquier mujer que hubiera conocido. Era joven, sin duda, pero sus llamativos ojos rebosaban historias tácitas, cada destello era testimonio de experiencias que solo podía imaginar, cosas que estaban más allá de mi comprensión. A pesar del peso de su pasado, se comportaba con una confianza natural, como si el bagaje y el trauma que arrastraba fueran meras sombras, incapaces de tocar su luz.

Isadora es el tipo de chica que tiene el poder de cambiar tu vida de formas que nunca esperaste.

Y resulta que no soy el único que piensa así; el zumbido de su influencia se propaga a todos los que conoce.

«¿Es una broma? ¿Es realmente su foto del anuario del instituto?». Mis dedos se mueven nerviosamente sobre el gatillo de mi arma, una respuesta instintiva al caos que se desarrolla a mi alrededor. Si no lo supiera, juraría que todos los presentes me estaban gastando una broma cruel.

Carlo se inclina hacia delante y entrecierra los ojos ante la foto, como si la respuesta pudiera revelarse de repente en la imagen granulada. Tras un breve momento de contemplación, se encoge de hombros con indiferencia. «¿Acaso importa?», responde, como si el significado del momento se le escapara.

Se me revuelve el estómago, se me retuerce el corazón mientras lucho con los últimos días, tratando de reconstruirlos. Nada de este momento se alinea con el torbellino caótico que me ha llevado hasta aquí. Sé que las matemáticas nunca han sido mi fuerte, pero no pensé que fuera *tan* desesperado. «¿Puedes decirme cómo ha pasado todo esto?», insisto, con desesperación en mi voz.

La expresión de Carlo me dice que me estoy aventurando demasiado en territorio peligroso con mis preguntas. Da un paso atrás, un movimiento deliberado que envía una onda de tensión a través del aire, y se mete la mano en el bolsillo. Por un momento fugaz, me preparo, temiendo que mi curiosidad me pueda costar caro. En cambio, saca un cigarro y lo enciende con un movimiento del pulgar, el tenue resplandor de la llama ilumina momentáneamente las sombras que nos rodean. «Sal, ¿cuál es el problema?», pregunta, con un tono casual pero con una corriente subyacente de preocupación.

El modo en que mi corazón late con fuerza en mi pecho no puede ser saludable, pero no sé cómo hacer que se detenga. Se siente como un tamborileo implacable, resonando en mis oídos y apretando mi garganta. «Escucha, sobre la chica...»

Carlo levanta la mano para interrumpirme, un movimiento rápido que corta la tensión que se cierne entre nosotros. La frustración se refleja en su rostro, una sombra fugaz de ira que solo profundiza las líneas alrededor de su boca. «Has cazado a gente más aterradora que ella», dice señalando la foto que tengo en las manos con un gesto desdeñoso de la muñeca. «Ella tiene una reputación, pero pagué un buen dinero por ella. Y ahora voy a pagarle a *ti un* buen dinero para localizarla».

No me parece bien esta transacción de vidas y futuros. No sé por qué los matrimonios concertados nunca me habían molestado antes, pero ahora me dan náuseas. Mujeres compradas, intercambiadas y negociadas como si fueran propiedades: es una realidad repulsiva que no puedo ignorar. —Pero Carlo...

Gime, con un sonido cargado de exasperación, y me sacude la cabeza como si mi preocupación fuera una fantasía ingenua de niño. —Basta, Costantino. Eres el mejor cazarrecompensas de la familia. Esa chica será mi esposa, pero nos está evitando a mí y a mis hombres. He sido tolerante durante semanas, esperando a que ella viniera a mí, pero ya he terminado de esperar. Carlo señala con el dedo la foto, su frustración rebosando de urgencia mientras dice: «Encuentra a Isadora Dutton y tráemela. Las Vegas no es tan grande. Tiene que estar por aquí en alguna parte».

Vuelvo a mirar la foto de la mujer con la que acabo de pasar la noche más increíble, su sonrisa congelada en el tiempo. Isadora está prometida. ¿Por qué no vi un anillo en su dedo? ¿Me acosté con la prometida de un amigo? ¿Por qué no me lo dijo? Las preguntas dan vueltas en mi mente, cada una más desorientadora que la anterior, deshaciendo la fantasía que había construido en torno a ella.

Tengo mil preguntas, pero supongo que el primer paso para obtener respuestas es encontrar a la novia fugitiva, la mujer que ha puesto mi mundo patas arriba en una sola noche.

COSTANTINO

Encontrar a alguien en el Strip es casi imposible, así que imagina mi sorpresa cuando me encuentro por casualidad con Isadora. Está en Miracle Mile, con unos vaqueros que le quedan como un guante y que acarician sus curvas en los lugares adecuados. La forma en que se inclina sobre el mostrador de la cafetería para hablar con el camarero me pone como una roca con solo verla. He venido a ver cómo están mi padre y la tienda, pero ahora estoy completamente distraído por encontrarme con esta diosa rubia que ha protagonizado todos mis sueños desde el día que la conocí.

La camarera sigue levantando la vista de sus tareas con los ojos muy abiertos y fascinados, claramente cautivada por el encanto de Isadora. En sus manos hay un vaso de plástico rociado de caramelo, medio suspendido en el aire como si pudiera flotar en cualquier momento. Lo que sea que Isadora le esté diciendo parece ser lo más interesante del mundo, una conversación encantadora que solo puedo imaginar. Lo que no daría por poder escuchar, por captar aunque sea un susurro de su intercambio.

Me dirijo hacia la entrada, ansiosa por acercarme y captar fragmentos de su conversación. Compañera de clase, boda en Las Vegas, noche loca. No puedo evitar preguntarme si está hablando de este fin de semana. Apuesto a que yo fui la noche loca, el recuerdo que permanece en su mente. ¿Es Autumn su compañera de clase? No me he puesto en contacto con Enzo desde la boda, ni él tampoco se ha puesto en contacto conmigo. Pero, sinceramente, probablemente esté demasiado ocupado disfrutando de los frutos de su nuevo matrimonio, así que no le doy más vueltas.

Realmente no hay razón para que me aleje ahora. Es perfectamente normal tomar una taza de café, un acto simple que podría conducir a mucho más. Las Vegas es una ciudad pequeña, aunque a los turistas les parezca grande y abrumadora. Es totalmente plausible que me encuentre con Isadora en una cafetería cualquiera, sobre todo porque se trata de un encuentro casual. No la estaba buscando, al menos no todavía, pero ahora que el destino la ha puesto en mi camino, no puedo resistir la tentación de ver a dónde puede llevar este momento.

«Oye, Izzy, hay alguien detrás de ti», la camarera asiente con la cabeza en mi dirección, un gesto sutil que insinúa su disposición a ayudar. «Déjame ayudarlo».

Con un movimiento seguro, Isadora se desliza hacia un lado, pero no sin antes echarme una rápida mirada. En el momento en que nuestras miradas se encuentran, el reconocimiento brilla en su rostro como una chispa que enciende una llama. «Costantino». Mi nombre sale de sus labios

con una intimidad que resulta emocionante y peligrosa a la vez, y que recuerda a los secretos nocturnos compartidos a puerta cerrada. «Cuánto tiempo sin verte. ¿Has mejorado tu aspecto o es que te estoy viendo a plena luz del día por primera vez?

Fingí sorpresa ante nuestro inesperado encuentro, mirándola como si estuviera realmente desconcertado. Creo que he mejorado mi aspecto. Es el corte de pelo; vuelve locas a las chicas. Esbozé una sonrisa juguetona, con la esperanza de igualar su energía optimista.

Ignora por completo el espacio personal, y sus dedos se alzan para explorar mis mechones recién cortados. Una sonrisa traviesa se extiende por su rostro. «Debes de ser todo un donjuán. No puedo creer que me haya ligado a un tipo como tú», bromea, con una voz llena de jactancia juguetona.

Nunca me había encontrado con una mujer tan descaradamente abierta sobre sus aventuras románticas; es a la vez refrescante y, si soy sincero, un poco agotador. Si es consciente de su atractivo, no dudará en alejarse si me equivoco. «Creo que yo soy el afortunado. Tendré que darle las gracias a Enzo por esa invitación de boda», respondo, tratando de mantener la broma ligera.

Ella humedece sus labios con la lengua y hace una leve mueca al volver a meterla, un fugaz momento de vulnerabilidad que me pilla desprevenido. —Yo les daría unos días si fuera tú. Hubo un disturbio durante el fin de semana. —La forma en que enfatiza «disturbio» me transmite una oleada de inquietud, aumentando mi conciencia de la atmósfera cargada que nos rodea.

Yo no oí nada. Mi teléfono estaba inusualmente silencioso, de hecho, casi inquietantemente. Después de una noche de fiesta con Isadora, pasé el sábado recuperándome, con un ligero dolor de cabeza y repasando en mi mente los acontecimientos de la noche. Llegó el domingo y recibí mis órdenes de Carlo, un recordatorio del peso de la lealtad y la obligación familiares. Ahora, aquí estoy, de pie frente a la misma mujer que él quiere que encuentre, pero en lo único que puedo pensar es en mi primo y en la confusión que lo rodea.

«Disculpen un momento», le digo educadamente al camarero, tratando de mantener un aire de despreocupación a pesar de la tensión que se me enrosca en el estómago. Con un suave tirón en el brazo de Isadora, la alejo de los oídos entrometidos del café, buscando un breve respiro de las miradas curiosas. «¿Qué ha pasado?», le pregunto en un susurro, con la voz apenas por encima del murmullo de la charla que nos rodea.

Ella rápidamente transmite la versión resumida de los hechos, sus palabras son cortantes pero urgentes. Al parecer, una bala perdida logró alojarse en el estómago de Autumn, un cruel giro del destino que ha dejado a todos conmocionados. Nadie está seguro de si el disparo iba dirigido a Autumn o a su nuevo marido, pero acabaron en el Bellevue Memorial de todos modos, sumidos en una pesadilla. «Está bien y le dieron el alta ayer. Pero mientras estaba allí, conocí a otro Bianchi, que es médico. ¿Crees que podrías hablar bien de mí?».

Un punzada de celos se agudiza en mi pecho al pensar en la posibilidad de que Isadora se haga amiga de otro miembro del clan Bianchi, pero rápidamente lo dejo de lado. Soy una buena prima, después de todo, así que inmediatamente pregunto si Enzo está bien. Aunque puede que no le hayan disparado, solo puedo imaginar el peso de saber que su recién casada esposa fue víctima de tal violencia, la carga de la culpa pesando sobre sus hombros.

«Sí», Isadora responde con un gesto de exasperación, como si la situación fuera solo un poco molesta en lugar de aterradora. «Pero supongo que amenazó con matar a Liam o intentó matarlo. No lo sé. Aún no me han contado toda la historia. Cuando me presenté en el hospital, estaba esposado a una silla en la habitación de Autumn». La imagen de Enzo, normalmente tan sereno, reducido a ese estado, me hace sentir una ligera preocupación.

¿Por qué no me he enterado de nada? Las noticias solían viajar a la velocidad de la luz en esta familia. Ahora tenemos teléfonos móviles que son básicamente ordenadores diminutos en nuestros bolsillos, y sin embargo, ¿nadie puede llamarme o enviarme un mensaje de texto para mantenerme al tanto? Joder, me habría conformado con un correo electrónico. «¿Cómo te has enterado del accidente?».

«Soy el contacto de emergencia de Autumn», dice simplemente, con expresión inquebrantable. «Era yo o Liam, y Liam es un mierda. Así que fue una elección bastante fácil en mi opinión. Quiero decir, supongo que podría haber puesto a sus padres, pero eso parece un poco infantil, ¿no crees? Y, francamente, ellos también son unos capullos». Su tono es casual, pero hay una corriente de tensión que puedo sentir, un indicio de emociones más profundas que hierven bajo la superficie.

No creo que Carlo sepa en lo que se está metiendo. Siento que conozco a Isadora muchísimo mejor que él, y sigo sintiéndome fuera de mi elemento. «Interesante. ¿Hay alguna razón por la que me dejaste en el hotel sin tu número, una dirección de correo electrónico o incluso tu apellido?». Decido cambiar de tema, sintiendo la necesidad de desviar la atención de la pesada situación que tengo entre manos. Llamaré a Enzo más tarde, pero ahora mismo quiero concentrarme en la hermosa rubia que está delante de mí, cuya presencia es a la vez cautivadora y desconcertante.

Isadora frunce el ceño, con los labios entreabiertos, y niega con la cabeza, mientras sus ojos brillan con picardía. «Dutton», dice en tono juguetón, acompañando su comentario con un guiño que me hace sentir una oleada de calor.

Ahora lo sé, pero la información proviene de otras fuentes, fuentes que no puedo revelarle en este momento. Eso podría empañar nuestra incipiente relación, y todavía no estoy preparado para arriesgarme. «Isadora Dutton», repito, asintiendo con la cabeza pensativo. «He estado pensando en ello, y me gustaría tener una cita en condiciones». Las palabras están cargadas de emoción, y solo espero que ella sienta la misma excitación que yo.

Apuesto a que fue animadora en su día; tiene esa personalidad contagiosa y vivaz que ilumina la habitación. Isadora me lanza otro guiño, uno que parece una chispa que enciende algo en lo más profundo de mí, y luego da media vuelta, dirigiéndose de nuevo al camarero sin responder a mi pregunta. «Oye, espera», le grito, acelerando el paso para seguirla, pisándole los talones. «¿Eso es un sí o un no?».

Coge su bebida del camarero, el aroma del café recién hecho flota en el aire, y le da las gracias amablemente, con voz suave y cálida. La bebida parece una especie de café mezclado con una generosa espiral de nata montada, de esas que hacen bailar a tus papilas gustativas con anticipación. «Cariño, voy a ser sincera contigo», dice con un tono de repente serio, «hay muchas cosas que no sabes de mí. Probablemente sea mejor que esto entre nosotros se quede en una aventura de una noche». Dicho esto, Isadora se aleja de mí como una mujer con una misión,

sus largos pasos la llevan más lejos, la misión es claramente alejarse lo más posible de mí.

El acogedor ambiente de la cafetería se desvanece en el fondo mientras la persigo, con el corazón acelerado. «Espera un segundo. Isadora, puedo soportar cualquier carga que tengas. ¿Ves?», flexionó mi bíceps en broma, «Soy prácticamente un machote. Músculos, guapo, no un Einstein. Puedo llevar cualquier cosa».

Esto le dibuja una sonrisa fugaz en el rostro cuando finalmente la alcanzo, ese destello de diversión que hace que mi corazón se acelere. «Bueno, Hércules», responde ella, con los ojos brillantes de picardía, «tengo más equipaje del que tus músculos descomunales pueden soportar».

«Póngame a prueba», la desafío, con una sonrisa en el rostro, decidido a demostrar que soy algo más que una cara bonita con músculos.

Isadora se detiene abruptamente en medio de Miracle Mile, la bulliciosa calle llena de sonidos de charlas y el lejano ruido de tacones sobre el pavimento. Ojalá hubiera tenido la previsión de preguntarle adónde se dirigía, porque esta es la dirección opuesta a la joyería de mi padre. Miracle Mile se enrolla en forma de serpiente, pero es una caminata larga, ya que su tienda está en el extremo opuesto de donde estoy ahora. «Tengo veinte años, Costantino. Estudio Dirección Hotelera con una especialización en Administración de Empresas», afirma con voz firme a pesar del peso de sus palabras. «He salido con algunos hombres cuestionables, incluido el que disparó a mi mejor amigo. Aborté a su hijo cuando parecía que podría matarme si el niño no era suyo. Mi familia está intentando venderme como una vaca al mejor postor y han conseguido emparejarme con un hombre verdaderamente atroz. Los fines de semana, cuando no están intentando convencerme para que me reúna con Carlo Rosetti, están intentando meterme en rehabilitación por adicción al alcohol. Y si eso te suena a un picnic, es solo porque no he abierto la caja de Pandora y te he contado los detalles».

En ese momento, casi olvido que se supone que estoy en un trabajo. En cuanto pronuncia el nombre de Carlo, la gravedad de mi tarea vuelve a abrumarme como una ola. Mierda. «Cuéntame los detalles durante la cena», digo apresuradamente, con urgencia en mi tono. Con trabajo o sin él, tengo que asegurar este encuentro. Necesito verla de nuevo. Estoy desesperado por pasar más tiempo con Isadora, la revelación de sus dificultades ha encendido algo protector en mí.

Sus ojos azules brillan de exasperación, con una mezcla de frustración y vulnerabilidad. «Esto no es un juego, Costantino, es mi vida. ¿Qué crees que hará mi prometido cuando se entere de que estoy saliendo con otra persona?». La emoción en su voz es palpable y me aprieta el estómago.

—Déjame a mí. Además, solo es una cita. No te estoy pidiendo que seas mi novia. —Intento romper la tensión con una sonrisa, un gesto poco entusiasta destinado a aligerar el ambiente, pero su rostro solo se tuerce un poco, el peso de su realidad presionándonos con fuerza.

Isadora da un largo sorbo a su bebida, su mirada me recorre de la cabeza a los pies, como si estuviera sopesando los riesgos de esta temeraria aventura. «Cariño, no sabes en lo que te estás metiendo. Pero si quieres apuntarte a que te maten, adelante. ¿Dónde está tu móvil?». Su tono es una mezcla de sarcasmo juguetón y preocupación genuina, y no sé si me está tomando el pelo o me está advirtiendo.

Busco en el bolsillo del pantalón, mis dedos buscan a tientas mientras saco mi móvil y se lo

entrego rápidamente. Isadora teclea con dedos hábiles, concentrada en la pantalla. «Ese es mi número. Consideraré responderte, suponiendo que tenga ganas de formar parte de tu misión suicida. Si ese es el caso, te daré la fecha, la hora y el lugar de nuestra cita. Si no te va bien, bueno, lo hemos intentado, seguiremos con nuestras vidas. Soy una mujer ocupada». Sus palabras bailan entre la broma y la seriedad, y no puedo evitar sentirme cautivado por su audacia.

La emoción me invade, haciendo que todo mi cuerpo se sienta vivo de una manera que no había experimentado en años. Hace demasiado tiempo que no siento este tipo de emoción por alguien. «La fecha y la hora me vendrán bien. Lo prometo». Estoy dispuesto a reorganizar toda mi vida, cancelar cualquier cita, reunión o compromiso para que esto suceda. En el fondo, sé que Isadora es mi alma gemela; puedo sentirlo en mis huesos, una verdad visceral que resuena dentro de mí. Y si Carlo se atreve a hacer alguna pregunta, simplemente le diré que me estoy acercando a ella. En algún momento, tendré que sincerarme con él, pero hoy definitivamente no es ese día. «Por favor, envíame un mensaje, Isadora. No me importa lo que pase».

Ella resopla, poniendo los ojos en blanco con una mezcla de diversión e incredulidad. Con un brusco giro sobre su talón, Isadora reanuda su paso, irradiando confianza mientras se aleja. «Te arrepentirás de haber dicho eso más tarde, idiota».

El único remordimiento que me atormenta es no haber eliminado a Carlo en el momento en que me entregó la foto de Isadora. Ahora, me queda lidiar con la abrumadora tarea de averiguar cómo manejar tanto el trabajo como conquistar a la chica. ¿Por qué es tan difícil intentar tenerlo todo, hacer malabarismos con el peligro y el deseo?

ISADORA

Carlo Rosetti no está mal; simplemente no es mi tipo. Pero intente decirle eso a unos padres que me ven como una vaca preciada, destinada a la subasta, y están ansiosos por venderme antes de que me consideren demasiado vieja para su gusto.

«Isadora, cariño, tienes que conocerlo de verdad». Mamá hace de policía buena, con voz suave y tranquilizadora. Hoy ha estado al mando, colmándome de arrumacos y afirmaciones de que soy guapa y que sería una buena esposa, como si esas palabras pudieran borrar de algún modo mis reservas.

Papá, por otro lado, es el policía malo en este escenario. Con los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada seria grabada en su rostro, se inclina hacia su papel con una intensidad que me revuelve el estómago. «Estás jugando con nuestro sustento», dice con voz baja y severa. «Cada día que retrases a Carlo nos hace quedar mal. Estoy a punto de dejar de pagar tu educación universitaria».

Esta amenaza me resulta familiar, es una carta que juega cada vez que me atrevo a desobedecerle, pero aún así me llena de un frío temor al pensar en no poder completar mi carrera. Solo me faltan tres semestres para terminar, un hito por el que he trabajado incansablemente. Ni siquiera sé todavía qué quiero hacer con mi vida; solo tengo sueños fugaces, pero soy muy consciente de que tendré muchas más oportunidades con mi título que sin él. «No *pedí que* me casara con Carlo. No tengo *deseo alguno* de casarme con Carlo. Quizá deberías simplemente poner fin a mi matrimonio con Carlo. Así no quedarás mal. ¿Ves? Problema resuelto».

Se miran y su mirada expresa su firme desaprobación, y sé al instante que esto es completamente imposible a sus ojos. La buena policía cruza la habitación con determinación, su expresión se suaviza mientras presiona mi brazo con una mano firme pero suave, atándome al momento. «Cariño, después de ese incidente con el hijo de los Gallagher, creemos que es hora de que te establezcas», explica, como si ese momento pudiera justificar el peso de mi actual situación.

Las palabras tácitas flotan en el aire: es hora de que me establezca antes de que ningún hombre quiera establecerse conmigo. Puedo leer entre líneas, y su intención es dolorosamente clara. No sé por qué siempre han desaprobado a Liam Gallagher, pero entiendo su vacilación. Es prácticamente la crema de la cosecha de gilipollas, un título que lleva con orgullo. Eso no significa, sin embargo, que vaya a permitir que mis padres dicten el curso de mi vida. «Tengo veinte años, no treinta y cinco. No soy una solterona ni leche añeja. Estoy perfectamente feliz donde estoy«, afirmo, tratando de infundir convicción en mis palabras.

«No puedes convertirte en leche añeja si sigues regalando la leche», replica papá, con los ojos en blanco de exasperación.

El calor me inunda el cuello y puedo sentir un aleteo en el pecho, del tipo que anuncia una inminente explosión de frustración. «¿Perdón?», respondo, con la voz tensa de indignación.

Parece imperturbable ante mi irritación, y considera mi tono bajo y letal como una mera invitación a continuar. «¿Sabes cómo te llaman mis hombres? Una chica fácil. ¿De verdad quieres que ese tipo de reputación te persiga?».

Ya me han avergonzado por ser una zorra antes; es un aguijón familiar. Tanto hombres como mujeres miran a una mujer que confía en su sexualidad y se sienten obligados a derribarla. Una cosa es sospechar que tus padres albergan esos pensamientos sobre ti, pero es una experiencia completamente diferente escucharlos salir de sus bocas como veneno. «¿Qué hombres me han llamado mujerzuela? Dadme sus nombres. Les mostraré lo apretado que está mi coño». Las palabras brotaron de mis labios antes de que pudiera siquiera pensar en reprimirlas.

Mamá jadea, soltando un escandaloso medio grito entre dientes. Retira su mano de mi brazo, retrocediendo como si acabara de detonar una bomba. Sus ojos se lanzan frenéticamente a papá, buscando apoyo. «¡Isadora! Te criamos mejor que eso», exclama indignada, con el rostro enrojecido por la sorpresa y la desaprobación.

«¿De verdad pensabas tan poco de mí? Porque por como suena, he estado tirando mi virtud por ahí sin pensarlo dos veces. ¿Quién es el siguiente en la lista?». Camino por el salón con una energía feroz, como un tigre enjaulado que merodea por su recinto. «¿Es el tipo de la gasolinera que siempre me guiña un ojo y me sonríe? ¿O tal vez el chico de instituto que me embolsa la compra y parece que no puede mirarme a los ojos? Quizá sea el crupier del casino que me da una buena mano y una sonrisa pícara. Dímelo tú, papá. ¿Qué hace exactamente una *chica fácil*?

El apretar la mandíbula parece estar drenando toda la sangre de su rostro, y sus ojos brillan con una mezcla de ira y vergüenza. «Ya sabes a qué me refiero, Isadora. No seas ridícula —me espeta con voz tensa —.

Por supuesto que *soy yo* la que está siendo ridícula. Una risa se escapa de mis labios, brillante e inesperada, brotando de un lugar que no sabía que existía. Es una risa nerviosa, una desviación, un escudo contra la tormenta que se está gestando en mi pecho. A veces, cuando estás enfadada, la línea entre las emociones se difumina. Puede que te encuentres llorando por pura frustración o riéndote en los momentos más inapropiados. Construyes muros para protegerte del dolor, cuando lo que realmente necesitas es derribar los muros, abrirte y ser vulnerable. Todos lidiamos con la ira a nuestra manera. Yo soy la que se ríe de forma inapropiada, la que enmascara el dolor con humor. «No podéis ser tú y tu moral tradicional los que estáis equivocados. Eso sería una locura».

Mamá da un paso hacia mí, su intención es clara cuando se acerca, probablemente con la esperanza de consolarme con un toque suave. Pero la esquivo, evadiendo su agarre. «Cariño, por favor. Esto no se trata de lo que has hecho en el pasado; se trata de lo que estás haciendo ahora. ¡Y lo que estás haciendo ahora es casarte con Carlo! ¡Es un buen hombre de buena familia!». Su voz tiene un tono de desesperación, como si estuviera tratando de anclarme al mundo en el que ella cree, el que ella cree que es correcto.

«Apuesto a que lo es, pero no será mi hombre. He oído rumores sobre Carlo. Trata a sus mascotas mejor que a algunas de las mujeres con las que se le ha visto por la ciudad, y eso dice mucho de su carácter. «Si me disculpáis, he venido a coger algunas cosas. Pensé que solo sería una muda de ropa, pero parece que necesitaré cajas de mudanza para todo lo que tengo que sacar de aquí. Pero podéis guardaros vuestras tonterías; yo no voy a hacer la maleta».

Mi padre cree que estoy siendo dramática. Desde su burla hasta el movimiento de sus ojos, expresa su decepción en mí a través de gestos exagerados, como si mis emociones no fueran más que una actuación teatral. «Déjala ir, María. Volverá en cuanto se dé cuenta de que sus cartas están cortadas y nadie le paga la matrícula». Su tono está impregnado de desdén, como si creyera que soy otra niña mimada haciendo una rabieta.

Salgo de la habitación como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, pero por dentro estoy furiosa. «Ya verán», murmuro para mí misma, con los puños apretados a los lados. «No los necesito». Las paredes de esta casa, que antes me reconfortaban, ahora parecen una prisión, y estoy decidida a liberarme, aunque eso signifique enfrentarme a lo desconocido.

Sin embargo, sus palabras encierran una dura verdad. Si no tengo dinero ni un lugar adonde ir, no tardaré en encontrarme de nuevo en su puerta, con el orgullo destrozado. Aunque ahora no puedo dar marcha atrás. No puedo decirles que tienen razón. Si me pliego a su voluntad, me obligarán a casarme con Carlo, e Isadora Dutton no es de las que se dejan obligar a nada. Tomo mis propias decisiones, aunque me lleven a un territorio desconocido.

Pero si soy sincera conmigo misma, no tengo muchas opciones. Podría llamar a Autumn; estoy segura de que ella y Enzo me acogerían, aunque eso suponga abusar de su frágil situación. Pero ellos siguen lidiando con las consecuencias de las decisiones que tomaron, y no puedo cargarles esto a ellos; esta es mi cruz que debo soportar. Necesito resolver esto por mi cuenta, incluso si se siente como si estuviera caminando por la cuerda floja sin una red de seguridad».

Me siento al pie de mi cama, metiendo las piernas debajo de mí mientras trato de ordenar mis pensamientos. Mi teléfono tiene cien contactos, tal vez más, cada uno de los cuales representa un posible salvavidas. Podría empezar por el principio de la lista y trabajar metódicamente hacia abajo, contactando con cada uno de ellos. Estadísticamente, alguien tiene que estar dispuesto a ayudarme, ¿verdad? Es imposible que todas las personas que he guardado en mi teléfono puedan ser influenciadas por mi padre.

Sin embargo, el primer número que me llama la atención en mis mensajes de texto es desconocido. Es el mensaje que me envié a mí misma desde el teléfono de Costantino hace apenas un par de días, un recordatorio de nuestra extraña conexión. Él mencionó que tenía los hombros anchos, pero no puedo evitar preocuparme de que le esté pidiendo que soporte una carga demasiado pesada si decido llamarlo ahora.

Antes de que pueda dudar de mí misma, mis dedos marcan su número, y respiro hondo, inhalando valor y exhalando el miedo que se ha aferrado a mí como una sombra.

«Hola, preciosa», me saluda la voz de Costantino, rica y cálida al otro lado de la línea. «Esperaba tener noticias tuyas pronto».

—Dijiste que podías transportar cualquier cosa —le recuerdo, con la voz firme—. ¿Conoces a alguien con una camioneta?

Por un momento, el silencio nos envuelve, pero no dura mucho. La voz tranquila y suave de Costantino rompe el silencio. —¿Hablamos de una Chevrolet, una furgoneta o un camión de dieciocho ruedas? Su adaptabilidad brilla incluso en este intercambio desenfadado.

Me tomo un momento para echar un vistazo a mi habitación, observando los innumerables objetos que he acumulado a lo largo de los años. Cada pieza guarda un recuerdo, pero sé que podría deshacerme de al menos la mitad de ellas si la situación lo exigiera, tal vez incluso más. «Lo que tengas, lo quiero», digo, con determinación en mi tono de voz.

Una risita baja resuena a través de la línea, su calidez casi tangible. «Eso es lo que le gusta oír a papá».

Inmediatamente me estremezco, un escalofrío de incomodidad recorre mi columna vertebral. «Te enviaré un mensaje con la dirección de donde estoy. Trae un camión, algunas cajas de mudanza y un hombre que no se haga llamar «papá»». La última parte sale más aguda de lo que pretendía, mi irritación sale a la superficie como una burbuja obstinada.

Costantino deja escapar un burlón resoplido al otro lado de la línea, el sonido lleno de diversión. «¿Es una cita o nos vamos a vivir juntos? Tengo mucho espacio, pero debo advertirte que tengo un golden retriever y es un moquero». Su tono es burlón, como si disfrutara de la broma tanto como yo.

No había pensado mucho en dónde iba a ir después de esto. El plan había sido resolverlo todo para cuando llegara Costantino, pero ahora siento un destello de incertidumbre. «Cariño, ¿has vivido alguna vez con una mujer? Nosotros también perdemos pelo. Apuesto a que le daré a tu golden una buena lección». No puedo evitar reírme al imaginarme a mí y a un golden retriever en una feroz competición de pelaje.

«Norman adorará la compañía. Hasta pronto, preciosa». Me cuelga inesperadamente, dejándome con una oleada de emociones y una sonrisa que se extiende por mi rostro mientras miro la pantalla.

Costantino Bianchi ha sido un regalo inesperado, una deliciosa sorpresa en lo que parecía un capítulo sombrío de mi vida. Su juego de palabras es inigualable, excepto, quizás, por su innegable encanto. Ahora me está ayudando a hacer lo impensable: huir de la única vida que he conocido, una vida que se ha vuelto sofocante con cada día que pasa. Hay algo que decir sobre estos Bianchi; tal vez Autumn tuvo la idea correcta desde el principio, sumergirse de cabeza en el caos y la pasión que parecen encarnar.

COSTANTINO

«Eh, ¿esos eran tus padres?».

Isadora me quita una caja de las manos, maniobrando hábilmente las solapas con los dedos mientras empieza a montarla. Echa un vistazo rápido al pasillo, su expresión revela un fugaz momento de preocupación, pero al final se lo quita de la cabeza. La cabeza de su madre asoma por el dormitorio, con una mirada inquisitiva mientras nos observa, pero a Isadora parece no importarle. Con un resoplido decidido, se levanta para dar un portazo detrás de mí, y el sonido resuena en el pequeño espacio. Después de girar la cerradura, se vuelve hacia mí, y su actitud cambia a una de frustración. «Sí. Por desgracia, tienen la manía de controlar todos los aspectos de mi vida».

Mientras empieza a meter cosas en la primera caja con una mezcla de urgencia y determinación, me pongo a trabajar para montar el resto. —¿En qué me has metido exactamente, Isadora? No es que me importe —añado rápidamente, ansiosa por acortar la distancia entre nosotras—, pero siento que me falta un capítulo.

Deja caer todo lo que tiene en las manos con un suspiro, el sonido pesado de la exasperación, y se dirige a la mesita de noche para coger una goma para el pelo. En cuestión de quince segundos, se recoge sus mechones dorados en una coleta alta, asegurándola con una facilidad experta. «Mis padres tienen una obsesión enfermiza con mi vida personal. Por alguna razón, lo que hago ofende su delicada sensibilidad. Creo que es bastante anticuado, pero ellos no parecen estar de acuerdo. ¿Te importa con cuántos hombres me he acostado? —pregunta Isadora de repente, entrecerrando ligeramente los ojos mientras escruta mi reacción.

Me parece una pregunta tonta, casi absurda en sus implicaciones. «Quiero decir, ¿te importa con cuántas mujeres me he acostado?», respondo enarcando una ceja. Siempre me han desconcertado las personas que se enfadan por el historial sexual de sus amantes. Mientras Isadora siga siendo la única con la que me acueste, me importa un bledo si se ha acostado con la mitad de Las Vegas. Los hombres hacen alarde de sus conquistas sin pensárselo dos veces, y a nadie le importa un pimiento. Antonio, con su encanto y su actitud temeraria, se había tirado a cualquier cosa con vestido, y la gente le aplaudía como si fuera una especie de héroe. «No, no me importa con cuántos hombres has tenido relaciones sexuales», le aseguro, con la esperanza de disipar cualquier inseguridad persistente.

«Mi padre cree que soy una puta», dice Isadora, con voz grave, mezcla de frustración y rebeldía. Hace una pausa, tomándose un momento para recomponerse, como si el peso de sus palabras

fuera casi insoportable. «No guardé mi preciosa flor para el matrimonio. Me quedé embarazada fuera del matrimonio. Sigo viviendo mi estilo de vida de puta a pesar de que él me ha vendido con entusiasmo a un hombre que está pagando para que yo permanezca casta hasta el día de nuestra boda». La burla que se escapa de sus labios está llena de amargura, y me dice todo lo que necesito saber sobre sus sentimientos hacia la situación. «¿Te importa que sea una puta?».

Hay una mano apoyada precariamente en su cadera, un gesto que dice mucho de su desafío y disposición a desafiar cualquier juicio que pueda surgir en mi camino. Parece como si quisiera sacarlo a relucir y levantarme el dedo si me atrevo a expresar alguna preocupación por sus aventuras sexuales. Respiro hondo y recojo mis pensamientos. «Me importan muchas cosas. Me preocupo por mi madre; tiene una artritis endiablada y apenas tiene sesenta años. Me preocupo por los Bianchi, sobre todo porque todos nos cuidamos unos a otros y eso es lo que se hace en nuestro mundo. Me preocupo por lo que como porque soy alérgica a los mariscos y a los cacahuetes, lo que ha hecho que salir a cenar sea una aventura. Me preocupo por mi perro; Norman es el chico más dulce y tonto que he conocido, siempre moviendo el rabo y listo para jugar a buscar cosas. Y me preocupo por ti, Isadora».

Antes de que tenga la oportunidad de terminar mi sincera respuesta, me golpea con el temido «por qué». Isadora cambia el peso de un pie al otro, su mirada es tan penetrante que corta la tensión en el aire. «¿Por qué te preocupas por mí, Costantino? Ni siquiera me conoces».

Pero sí la conozco. En las primeras horas después de nuestra boda, no nos limitamos a caer en la cama y follar al azar hasta quedarnos dormidos satisfechos. Había una conexión, algo más profundo que flotaba en el aire entre nosotros. «¿Recuerdas el champán?».

La confusión le frunce el ceño y puedo ver cómo su mente se pone en marcha. Parece un poco desconcertada, como si la pregunta la hubiera sacado de su postura defensiva. «¿Qué?», pregunta Isadora bruscamente, con curiosidad, pero el borde permanece en su voz.

«El viernes por la noche. Tú, yo, una bañera llena de burbujas». Bebí varios tragos de una botella de Dom, despreocupada, como si fuéramos estudiantes de instituto que no podían molestarse en buscar vasos, saboreando el momento. La verdad era que estábamos embriagados no solo por el champán, sino por el otro, atrapados en un torbellino de intimidad recién descubierta.

Las mejillas de Isadora se sonrojaron profundamente y, para combatir su vergüenza, puso los ojos en blanco, un mecanismo de defensa juguetón. «Eso no significó nada», insistió, tratando de restarle importancia.

«Eso» era el sonido de nuestras risas resonando en las paredes del baño, la forma en que nos reíamos de trivialidades que en ese momento parecían monumentales; ella me hacía sentir joven de nuevo, como si el peso del mundo se hubiera aliviado, aunque solo fuera temporalmente. No es que treinta y cinco años sea viejo, pero sin duda se está acercando. «Nunca mencionaste tu compromiso ni que tus padres tenían toda una vida meticulosamente planeada para ti. Compartiste sueños de dirigir tu propio hotel algún día, de aspiraciones que brillaban como las burbujas que nos rodeaban. Crees que eso no significa nada, pero no puedo decirte lo que la mitad de mis amigos quieren hacer con sus vidas. No porque no me importe, sino porque no tenemos esas conversaciones íntimas. Eso tiene que contar para algo, Isadora.

«¿Y tú qué quieres hacer con tu vida?». Se acercó, con la ira hirviendo bajo la superficie, y apretó los labios mientras cambiaba abruptamente de tema. Mi admisión de conocerla tan

íntimamente, de comprender sus deseos, pareció tocarle la fibra sensible. «Porque no recuerdo que hayas mencionado lo que *tú* haces, Costantino Bianchi. ¿Diriges una operación de juego? ¿Extorsionas a la gente para conseguir dinero?». Sus palabras rezumaban escepticismo, desafiándome a revelar la verdad que se escondía tras mi propia fachada.

Mientras ella acorta la distancia entre nosotros, el embriagador aroma de su fresco perfume floral me envuelve, atrayéndome más profundamente. «Isadora», empiezo, intentando detener su avance, pero rápidamente me doy cuenta de que no soy rival para una leona al acecho, feroz e inquebrantable.

—¿Matas a gente? ¿Por eso no puedes contármelo? —Su voz es baja y está llena de intensidad mientras se acerca poco a poco, su piel casi rozando la mía, enviando chispas por el aire—. La familia Bianchi de asesinos —se burla Isadora, su tono adquiere un matiz seductor que me pone nervioso y me excita a la vez.

Estoy como una roca; no puedo evitar responder a su presencia, una reacción instintiva que provoca cada vez que está cerca. —No sabes de lo que estás hablando —murmuro, con la voz apenas por encima de un susurro, el peso de su pregunta pesa entre nosotros.

Con deliberada lentitud, Isadora traza un camino a lo largo de mi brazo con un solo dedo burlón. Mis sentidos se encienden de lujuria bajo su tacto, encendiendo un fuego dentro de mí que lucho por controlar. «Solo dime a qué te dedicas», canta, con su voz sedosa y tentadora.

Tengo que apretar la mandíbula, luchando contra el abrumador impulso de agarrarla y reclamarla aquí y ahora. La moderación es la clave; me recuerdo a mí mismo que debo actuar con cuidado. «Mi padre tiene una joyería en Miracle Mile», respondo finalmente, tratando de mantener un tono informal.

Con una leve y seductora risita, Isadora niega con la cabeza, un desafío juguetón bailando en sus ojos. «No, he dicho lo que *tú* haces, Costantino. No me importa tu padre», insiste, con una determinación palpable.

He trabajado en su tienda antes: catalogando el inventario, montando expositores, incluso vendiendo algunas piezas exquisitas. Pero la verdad de mi vida está a varios saltos de ser solo un vendedor de joyas. «Te diré lo que quiero hacer», digo, intentando redirigir la conversación.

Isadora me mira a través de unas pestañas gruesas y oscuras, con una mirada penetrante e inflexible. «No me interesa. Estás evitando lo que haces. Así que dime lo que haces, o llamaré a mi padre para que te saque de aquí a la fuerza». Su amenaza es juguetona, pero hay un toque de seriedad que me hace estremecer y aumenta la tensión entre nosotros.

Por alguna razón, no me lo creo ni por un segundo. Pero tal vez le deba la verdad, aunque solo sea por un momento de honestidad en esta enredada telaraña en la que nos encontramos. No necesita saber que Carlo me contrató, al menos no todavía. En cambio, puede saber verdades parciales, lo suficiente para satisfacer su curiosidad sin revelarlo todo. Es justo, ¿verdad? «Soy cazarrecompensas de la familia», digo, y las palabras se deslizan de mis labios como una confesión. Por el precio adecuado, encontraré a casi cualquier persona que desees, una afirmación que conlleva su propio peso de significado y consecuencia.

«¿Ves? No ha sido tan difícil, ¿verdad?», responde ella, con un tono de triunfo juguetón.

No puedo controlarme después de eso. Su vocecita burlona me enciende, despertando algo primario en mí. Agarro a Isadora por las caderas y la atraigo hacia mí, sintiendo el calor de su cuerpo irradiarse contra el mío. Ella agarra la camisa de mi pecho, hundiéndome los dedos mientras me mira con ojos ardientes llenos de intensidad. «Me preocupo por ti por razones que escapan a mi comprensión», confieso, las palabras salen a borbotones. «La otra noche despertaste algo en mí. Encendiste un fuego que no puedo apagar», respondo a su pregunta original, con el corazón acelerado por su proximidad.

«Cuatro», responde Isadora, pillándome completamente desprevenido. Parpadeo confundido, con la mente acelerada para procesar su respuesta. Ella ve la expresión de desconcierto en mi rostro y sonríe, su confianza brilla. «Me he acostado con cuatro hombres. Tú fuiste el cuarto».

Para una chica tan salvaje e impredecible como Isadora, suena un poco impactante escuchar un número tan bajo, pero eso es porque dejé que mis ideas preconcebidas se apoderaran de mí. Ahora me doy cuenta de que soy culpable de hacer lo que todos los demás en su vida le han hecho: juzgarla sin conocerla realmente. No es que me importara la cantidad de hombres con los que había estado, pero sobreestimé mucho la cifra porque pensaba que era una chica salvaje, indómita y libre. «Cuarenta o noventa y cuatro, da igual. Mi opinión sobre ti no cambia», le aseguro con voz firme y sincera.

Con los dedos apretados contra mi camisa, me atrae hacia sí con una fuerza magnética. Nuestros labios chocan y Isadora no tarda en mostrar su aprecio por mis palabras, su pasión se enciende como una chispa en la oscuridad. Actúa como si quisiera devorarme, su deseo es palpable en el aire que nos separa. Su lengua baila contra la mía en un apasionado tango de hambre y lujuria, un ritmo que me estremece y me deja con ganas de más.

«Pensé que estábamos haciendo las maletas», jadeo mientras me separo de ella, tratando desesperadamente de recuperar el juicio y la fugaz apariencia de control que una vez tuve.

«Haz las maletas más tarde», decide Isadora en el momento, con su voz como un susurro sensual, «follamos ahora».

Si Carlo Rosetti supiera que me está pagando para que le quite la camisa a Isadora, me mataría en el acto, sin hacer preguntas. Pero hay lava fundida agitada en mi estómago, una sensación palpitante y caliente que exige que me rinda a mis impulsos. Olvídate del dinero; se trata de un deseo puro y desenfrenado.

Con una oleada de urgencia, empujo a Isadora hacia el borde de la cama, sintiendo cómo sus rodillas se doblan al presionar contra el marco de madera, el sonido de la madera crujiendo haciendo eco de nuestro temerario abandono. Ella mete la mano en mis pantalones, sus dedos exploran hábilmente mientras busca mi erección. Necesita sus dos manos para agarrarme por completo, pero cuando lo hace, soy como masilla en sus manos, derritiéndome bajo su tacto. Me acaricia con un ritmo experimentado, acercándome al límite, y luego me pasa el pulgar por la punta de la polla en broma, un gesto que me hace sentir oleadas de placer.

A diferencia del viernes por la noche, no charlamos ni cenamos y bebemos vino en la bañera mientras tomamos champán. No, esta vez vamos directos al acto en sí, impulsados por un impulso primario que nos abruma a ambos.

Nuestra ropa prácticamente se cae, reliquias olvidadas de un momento ya lejano. Apenas

recuerdo que me desabrochó los pantalones; el recuerdo se me escapa entre los dedos como arena. No recuerdo haberle quitado el sujetador, los detalles se pierden en una neblina de deseo. ¿Cuándo me quité los zapatos? Sin embargo, a pesar de la naturaleza apresurada de nuestros juegos preliminares, verla desnuda es casi suficiente para hacerme llorar. Es una mujer impresionante, tensa en todos los lugares adecuados y con curvas en el resto, su cuerpo es una obra maestra que enciende todos mis deseos.

La acuesto suavemente en el borde de la cama, las sábanas frescas contra su piel, y sumerjo mi dedo profundamente en su húmedo y expectante coño. Ella se aferra a mí al instante, agarrando mis dedos con sus músculos de Kegel de una manera que me hace temblar. Empujo hacia adelante y hacia atrás dentro de ella, mis movimientos son primarios e instintivos, mientras mi mano libre hace su magia, masajeando suaves círculos alrededor de su clítoris. Los ojos de Isadora están bien cerrados, sus pestañas revolotean y su cabeza está echada hacia atrás, exponiendo la elegante curva de su cuello mientras sucumbe a las sensaciones que recorren su cuerpo.

En medio del desorden de cajas y el caos inminente de su vida que podría estar fuera de control, Isadora deja todo eso a un lado y se concentra únicamente en el placer que estamos creando juntos. Sus gritos llenan la habitación, fuertes y llenos de pasión pura, mientras mueve las caderas hacia arriba, buscando desesperadamente más presión de mis dedos. Si su madre y su padre están al otro lado de la puerta, escuchando, no parece que se den cuenta; está perdida en este momento, perdida en las olas del éxtasis.

Isadora es impresionante. No me refiero solo a que sea físicamente atractiva, aunque eso es innegable. Es su confianza, su inquebrantable valentía, lo que la transforma en una mujer sin igual. Nunca he conocido a nadie que me haga sentir como ella. Al tocarla, al estar envuelto en su calidez, siento una abrumadora oleada de potencial, como si pudiera conquistar el mundo. Hay algo en su presencia que enciende un fuego dentro de mí, haciéndome sentir más vivo de lo que me he sentido en toda mi vida, como si cada terminación nerviosa se electrificara por el mero hecho de estar con ella.

Lamo sus jugos de mis dedos uno por uno, saboreando los dulces restos de nuestra intimidad. Los ojos de Isadora me observan desde la cama, llenos de una mezcla de cansancio y divertida satisfacción, como si nuestro momento compartido la entretuviera y la agotara a la vez. «Actúas como si fuera un caramelo», bromea, con una sonrisa juguetona en los labios.

Es dulce como el azúcar hilado, delicada y tentadora, y no puedo evitar sentirme cautivado por su encanto. «Te saborearía todos los días por el resto de mi vida si pudiera», confieso, con la voz cargada de deseo y sinceridad.

Isadora me invita a la cama, su mirada se vuelve más seria. «No hables de para siempre, Costantino», dice, con un tono grave por un momento fugaz, como si el concepto en sí mismo supusiera una carga que le resulta difícil de soportar. «Para siempre me asusta».

A pesar de su miedo al compromiso, creo que puedo hacer que deje de tener esa inquietud. Puedo darle el mundo, un caleidoscopio de experiencias y emociones que romperán los límites de sus preocupaciones. Puedo mostrarle que el resto de su vida no tiene por qué ser austera y monótona; puede ser vibrante y llena de vida, con todos los colores del arcoíris arremolinándose a nuestro alrededor. «Centrémonos en el presente», digo en voz baja mientras me subo a la cama,

sintiendo cómo el calor de su cuerpo me atrae. *Dejaré que yo me preocupe por el futuro,* pienso para mis adentros, decidida a ser su ancla en la tormenta de la incertidumbre.

ISADORA

No soy una puta. Puede que me haya acostado con Liam de una manera que lo hiciera parecer, pero eso fue simplemente porque pensaba que lo amaba, o al menos me convencí de ello. Hay un cierto encanto en ser violada por hombres poderosos que puede despojarte de todas tus inhibiciones, dejándote vulnerable pero eufórica. Precisamente por eso Costantino me cautiva tanto.

Tiene un pecho ancho y fornido, de esos que irradian fuerza y confianza, cubierto por una escasa capa de pelo oscuro que aumenta su atractivo rudo. Sus ojos son penetrantes, una mirada aguda que parece capaz de derribar a un hombre o desnudar a una mujer con solo una mirada. Cuando sus manos exploran mi cuerpo, responden a mis gritos con un apretón aquí o un toque suave allá, encendiendo un fuego dentro de mí que no puedo ignorar. Aunque Costantino no sea el jefe oficial de la familia Bianchi, su presencia tiene un poder innegable, un aura que me atrae y me cautiva.

Aún más embriagador es el poder que ejerce con su polla. Es muy consciente del efecto que tiene en mí. Mientras se acaricia mientras se sube a la cama, no hay ni rastro de vergüenza en su comportamiento. En cambio, abraza su deseo, que se vuelve más fuerte con cada momento que pasa, y gime de puro placer. «Mira lo que me haces», gruñe tentadoramente junto a mi oído, con su aliento caliente contra mi piel. «Mira lo duro que me pones».

Es la naturaleza humana comparar a los amantes, y en este caso, Costantino los supera a todos. A diferencia de Liam, que a menudo me degradaba con su desprecio, Costantino me trata con un respeto que enciende algo más profundo en mi interior. Recuerdo aquellos días en los que el hermano de mi mejor amigo buscaba egoístamente su propio placer y luego me dejaba con ganas, ajeno a mis necesidades. Sabía que estaba destinado a convertirse en el jefe de la familia Gallagher, pero nunca imaginé que tal título se traduciría en una falta de consideración hacia los demás.

Costantino no es egoísta. No en la forma en que arrastra su polla por mi clítoris, provocando cada terminación nerviosa, o en la forma en que sus labios recorren mi mandíbula, dejando un rastro de calor que perdura en mi piel. Es un dador en todos los sentidos de la palabra. Incluso cuando mis uñas se clavan en la suave carne de su omóplato, dejando marcas en forma de media luna, Costantino no se detiene, completamente consumido por el momento. «Te necesito, Isadora», susurra, con su aliento cálido e intoxicante mientras empuja su polla hacia mi entrada, una promesa de lo que está por venir. «Necesito sentirte envuelta a mi alrededor». Sus dientes rozan mi lóbulo de la oreja, y tengo que morderme el labio para reprimir el grito que amenaza

con escapar, el placer es casi abrumador.

Cuando inclina las caderas hacia delante, atravesándome el centro con una intensidad que me deja sin aliento, el dolor es exquisito, un contraste emocionante con el placer que me proporciona. Está a años luz de mi primera experiencia, llena de incertidumbre y torpeza, pero esto... su tamaño casi me parte en dos, pero se siente tan bien. Me llena por completo, abriéndome de formas con las que solo había soñado, que si mi padre entrara en este momento y nos matara a los dos, moriría feliz, completamente satisfecha en esta éxtasis.

Siento cómo me agarra el culo, con sus manos firmes y posesivas mientras inclina mis caderas hacia las suyas, alineándonos perfectamente. Mis ojos están a medio camino de la parte posterior de mi cráneo, deslumbrados por el placer, cada embestida me envía ondas de choque mientras se sumerge y sale de mi centro húmedo con una urgencia implacable. Cada golpe de sus caderas contra las mías hace que su gruesa y ancha polla penetre más profundamente en mí, llenándome de una forma que nunca supe que anhelaba. Me aferro a sus bíceps como si me fuera la vida, anclándome a él aunque no haya ningún lugar al que escapar de esta conexión embriagadora. Siento que voy a explotar, un torbellino de sensaciones cuando muerde la tierna piel de la nuca, sus dientes me hacen temblar.

Cuanto más siento, más quiero. Inclino las caderas hacia arriba con impaciencia, una súplica silenciosa para que me empale más fuerte, más rápido, más profundo, para llevarme a un lugar en el que nunca he estado antes. Es demasiado, pero al mismo tiempo no lo suficiente, dejándome en un estado de anhelo desesperado que solo él puede satisfacer.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, un tamborileo implacable que se hace eco del caos de mis emociones. Puedo sentir la acumulación que conduce a un orgasmo estremecedor, una marea de placer que amenaza con consumirme por completo. Mis músculos se contraen, cada pulso envía ondas de choque a través de mi cuerpo, y la oxitocina me abruma como una niebla cálida y envolvente. Estoy caliente y sudorosa, mi piel brilla mientras lucho por mantener mi grito en un rugido sordo, cada ola de éxtasis llena cada parte de mí con una dulce intensidad que roza lo abrumador. Detrás de mis párpados, puedo ver estrellas, vibrantes y arremolinadas, como si el propio universo respondiera a la tormenta que se desata dentro de mí.

Entonces, Costantino llega y, de alguna manera, en ese momento, es incluso mejor de lo que jamás podría haber imaginado. La sensación de su frente presionada contra la mía es eléctrica, una conexión que trasciende lo físico. Su gruñido contenido vibra en el aire, un sonido primario que despierta algo en lo más profundo de mí. Sus manos agarran cada pedacito de piel que encuentran, encendiendo un fuego que arde más brillante que cualquier cosa que haya experimentado. Este momento es más intenso que cualquier orgasmo que haya tenido antes, quizá porque lo comparto con alguien que realmente se preocupa por mí. O quizá sea solo que él es excepcionalmente hábil. En cualquier caso, nunca lo sabré con certeza.

Pero hacemos demasiado ruido, el calor de nuestra pasión se extiende más allá de nuestro santuario. A pesar de que ambos intentamos contener nuestros gemidos y gritos, mis padres están en la puerta de mi habitación, llamando insistentemente y exigiendo que los dejemos entrar. Puedo oír a alguien moviendo la manija de la puerta, y sé que probablemente es mi padre, su impaciencia es palpable.

Costantino maldice en voz baja mientras se aparta de mí, y el momento pasa de ser dichoso a

frenético. «Si no supiera que tienes veinte años, me preocuparía de verdad por el hecho de que tus padres estén tan involucrados en tu vida sexual», murmura, con un tono de humor teñido de urgencia.

En lugar de ponerme la ropa que llevaba puesta, corro hacia mi armario, con el corazón acelerado, y cojo un vestido de verano. Me lo pongo rápidamente, sintiendo el tejido como un reconfortante abrazo contra mi piel. «Imagínate cómo se sintieron cuando descubrieron que había estado teniendo sexo desde los dieciséis años», le digo con un guiño descarado, tratando de aligerar el momento incluso cuando la realidad de nuestra difícil situación se hace evidente.

Me aseguro de que la polla de Costantino esté escondida antes de abrir la puerta. Él está de pie detrás de mí, con el pecho musculoso al descubierto, y yo me enfrento a mis padres con un atuendo completamente nuevo que me parece atrevido y absurdamente inapropiado. Nada sospechoso en absoluto. «¿Puedo ayudarte?», pregunto, forzando un tono casual a pesar de la tensión en el aire.

—¿Te has follado al chico de la mudanza? —La voz de papá es un gruñido bajo, y su expresión es una mezcla de incredulidad y enfado, como si estuviera dispuesto a pasarme por encima para enfrentarse a Costantino.

Pero Costantino no se inmuta, se mantiene erguido—. En realidad trabajo en una joyería para mi padre. Solo estoy aquí para ayudar a un amigo —dice, mostrando una sonrisa insulsa que apenas disimula su incomodidad.

Abro la puerta más de par en par, invitando a mis padres a mirar dentro de la habitación, como si de alguna manera pudiera distraerlos de la realidad de la situación. El rostro de mamá se retuerce de horror, con la mano tapándose la boca por la conmoción, mientras que la expresión de papá se ensombrece y parece que está a punto de sacar una pistola y disparar a Costantino en el acto. Si hubiera sabido que mis decisiones podían provocar tal repugnancia generalizada, habría invitado a Liam hace años, solo por la emoción.

—¿Te follas siempre a tus amigos, Isadora? —El tono de papá rezuma desdén mientras me mira, con la nariz arrugada por la repulsión.

Fingí reflexionar sobre su pregunta, dándome golpecitos en la barbilla pensativa antes de encogerme de hombros. «No seas tan grosero. Solo follo por favores, y necesitaba que alguien me ayudara a mudarme. Ya que me estás dejando sin dinero, ¿de qué otra manera creías que iba a pagarle?». La expresión de Costantino no tiene precio; sus ojos se abren como platos, y casi puedo verle tragándose una oleada de náuseas.

Papá, sin embargo, parece aún más enfurecido, como si mis palabras lo hubieran llevado al límite. «Eres una hija asquerosa, Isadora. Echa a este gamberro. Ya he tenido suficiente de tus payasadas». Su voz retumba por la habitación, llena de una autoridad que no deja lugar a discusión.

Puedo luchar mis propias batallas; lo he estado haciendo toda mi vida. Incluso he asumido las batallas de otras personas porque a veces, simplemente necesitan una mano. Pero no estoy acostumbrada a que nadie dé un paso al frente para defenderme a mí o a mis decisiones.

La voz de Costantino retumba con una autoridad que parece resonar en las paredes mientras se

mantiene firme frente a mi padre. «Espere, señor. Por favor, no le hable así a su hija. Isadora es una joven hermosa e inteligente que...

Pero a mi padre no parece importarle el resto de la frase de Costantino. Se vuelve hacia él con una mirada que podría cortar cristal. «No me hables de mi hija, chico. Tú ya tienes la tuya. Ya te has metido en tu lío. Ahora lárgate de mi casa. Estos son asuntos familiares».

Costantino vuelve a centrar su atención en mí, su expresión se endurece mientras pregunta: «Isadora, ¿qué quieres que empaque?». Puedo ver una rabia apenas contenida parpadeando en sus ojos, y sus puños están apretados en pequeñas bolas a sus lados, temblando ligeramente con el esfuerzo de contenerse.

Hago un gesto hacia mi baño, mi voz firme a pesar del caos. «Todo lo que no esté clavado».

Sin dudarlo, Costantino agarra una caja vacía y se dirige hacia el baño, con determinación grabada en su rostro. Todos podemos oírle murmurar entre dientes, su frustración es palpable, aunque las palabras permanecen fuera de alcance, perdidas en la tensión. «Si no te importa, mi chico de la mudanza y yo tenemos mucho trabajo que hacer».

La mirada de mi padre se dirige a la puerta abierta del baño, su voz rezuma amenaza. «Volveréis. Si aparecéis embarazadas de ese hijo bastardo suyo, os juro que lo mato».

Mis padres se retiran, pero su descontento permanece en el aire como una tensión inquebrantable. Golpeo la puerta del dormitorio detrás de ellos, un fuerte ruido que resuena en el silencio, y dirijo mi atención a Costantino. «Oye. ¿Estás bien?». Mi preocupación me sorprende incluso a mí; no soy de las que suelen reflexionar sobre los sentimientos de los hombres, pero algo en él saca a relucir un lado más sensible que no sabía que existía.

El rostro de Costantino se ha transformado en una máscara de furia, las líneas de su mandíbula están tensas por la emoción reprimida. Está metiendo metódicamente todo lo que tiene al alcance de la mano en la caja, pero puedo ver la lucha que hay debajo de la superficie, la forma en que se contiene para no arrojar los objetos por pura ira. «Nunca he matado a un hombre, Isadora, pero pensé en matar a tu padre. Pensé en romperle el cuello por la forma en que te hablaba. Me alegro de que te vayas, y haré lo que sea necesario para asegurarme de que no tengas que volver».

Mi corazón se acelera ante su feroz declaración. Nadie se ha puesto nunca de mi parte así ni ha mostrado una preocupación tan genuina por mi bienestar. Vacilante, admito: «Necesito un lugar donde quedarme». No es una prueba, en realidad no; es una súplica envuelta en vulnerabilidad.

«Norman y yo podemos prepararte el dormitorio de invitados», responde Costantino con total naturalidad, con voz firme a pesar de la confusión que nos rodea. «Es tuyo mientras lo necesites». Apenas puede apartar los ojos del lavabo del baño, como si tuviera un significado incalculable. Tiene los nudillos blancos, la piel tensa sobre el hueso, señal de su ira apenas contenida.

«También necesito un trabajo. Mis padres me han dejado en la ruina, así que necesito una forma de ganar dinero». Las palabras flotan en el aire entre nosotros, un crudo recordatorio de mi precaria situación. El orgullo precede a la caída, pero la desesperación es un poderoso motivador, y puedo sentirla empujándome hacia adelante.

Costantino suelta el fregadero y se endereza, la tensión en sus hombros se alivia ligeramente

cuando se vuelve hacia mí. Aunque los restos de rabia aún parpadean en su rostro, noto cómo sus ojos se suavizan, revelando una profunda emoción bajo la tormenta. «Isadora, si necesitas algo, te daré lo que sea, incluso un riñón. Mi padre siempre está buscando empleados. Norman y yo no nos entrometeremos si no quieres que lo hagamos. ¿Necesitas un coche? Te encontraremos uno. ¿Necesitas robar un banco? Lo resolveremos juntos. Me preocupo por ti y quiero ayudarte, cueste lo que cueste. Lo decía en serio.

No soy de las que llevan el corazón en la mano; nunca he sido de las que muestran sus emociones. Es más fácil reprimirlo todo hasta que estoy sola en mi coche en un aparcamiento vacío, donde nadie puede ver las grietas de mi fachada. Pero Costantino desmantela mis defensas en menos de sesenta segundos, rompiendo sin esfuerzo los muros que he construido cuidadosamente. «Eres más de lo que una chica como yo merece», intento bromear, con la esperanza de recuperar algo de control sobre mis turbulentas emociones.

«Una chica como tú merece todo lo que su corazón desee», replica con una sinceridad que me pilla desprevenida. «Ahora ve a hacer las maletas. Tengo que pasear a Norman pronto, y deberíamos mudarnos antes de que se ponga el sol».

La idea de que me despida porque puede ver cómo se me llenan los ojos de lágrimas es casi insoportable, pero una parte de mí estaría eternamente agradecida por poder escapar. Me alejo del baño, secándome apresuradamente las lágrimas que se me escapan. —Sabes —le respondo, tratando de animar el ambiente—, nunca he tenido un perro. Lo oigo reírse suavemente, y una parte de mí piensa: «Podría acostumbrarme a ese sonido».

«Norman tiene ahora diez años, así que se está haciendo mayor, pero tiene el espíritu de un cachorro», responde Costantino desde el baño, con su voz cálida y acogedora.

Mis padres no creían en tener mascotas; pensaban que los perros y los gatos eran un desastre, un inconveniente que restaba valor a una vida perfectamente organizada. Ese es otro punto a favor de Costantino Bianchi, que parece entender la importancia de la compañía de una manera que ellos nunca pudieron.

COSTANTINO

Mi velada parece una película, una escena pintoresca que se desarrolla en mi acogedor hogar.

Estoy en la cocina, preparando la cena con maestría: filete salteado con pimienta, con especias aromáticas y verduras vibrantes. Estoy descalza, las baldosas frías bajo mis pies me conectan con la tierra en este momento, y llevo un pantalón de chándal holgado que me cuelga cómodamente de las caderas. Sobre la encimera, hay un vaso bajo lleno de whisky ámbar, con el hielo derritiéndose lentamente mientras lo saboreo desde hace media hora. Cada sorbo me trae una ola de calor, y estoy en el cielo, disfrutando de los placeres simples de la vida.

En la sala de estar, el ambiente está lleno de sonidos de alegría mientras Isadora está tumbada en el suelo, su risa resonando en las paredes mientras juega con nuestro perro, Norman. Lleva una camisa mía de gran tamaño, con la tela cayéndole holgadamente, rozando apenas la curva de su trasero. Es una visión que me hace sonreír. Da delicados sorbos a una copa de vino, que se tambalea precariamente en el borde de la mesa, a pocos centímetros de ser derribada por la alegre y meneante cola de Norman, un borrón de emoción y energía.

Lo único que falta son los niños. No puedo evitar imaginar a uno o dos pequeños Sal o Izzy correteando por la casa, con sus risas contagiosas llenando el aire mientras responden a mis llamadas de que la cena está casi lista. La idea de su risa inocente añade una punzada de nostalgia al cuadro, por lo demás perfecto.

La escena es tan sana, tan llena de calidez y felicidad doméstica, que casi me rompe el corazón. Sin embargo, mi teléfono sigue vibrando insistentemente con mensajes y llamadas de Carlo. Los he mirado un par de veces, y cada notificación me saca momentáneamente de mi burbuja idílica. Al parecer, Isadora Dutton se ha escapado de casa y Carlo quiere que la encuentre antes de que se meta en más problemas. Desestimo sus mensajes con un gesto de la mano; la he encontrado y está sana y salva, aquí mismo, en este momento.

Solo han pasado dos días desde que todo cambió, pero de alguna manera, parece que las cosas están mejorando. Creo que poco a poco nos estamos acostumbrando a la presencia del otro, la incomodidad de nuestra nueva realidad se desvanece gradualmente. El sexo también ayuda; puedes perdonar muchos pecados cuando un desacuerdo termina con un orgasmo, y parece salvar la distancia entre nosotros, encendiendo una chispa que ambos necesitábamos desesperadamente.

«Deberías haber empezado diciendo que sabes cocinar». Isadora se pone de pie, dejando al perro tumbado de lado, con los ojos entreabiertos mientras nos observa con una pereza curiosa. «Los hombres que saben cocinar son muy sexis. Me habría mudado contigo después de la noche que te

conocí si hubiera sabido que sabías cocinar».

«Ya pensaba que yo era sexy», respondo con un ceño fingido, cruzando los brazos en un desafío juguetón. «Supongo que podría haberme equivocado, pero lo dudo seriamente».

Isadora cruza el salón, con su copa de vino elegantemente acunada en la mano, el líquido rojo intenso arremolinándose a cada paso. No debería haberle dado alcohol, ya que técnicamente es menor de edad, pero no es como si pudiera hacerse daño aquí, en la comodidad de mi casa. «Tienes muchas cualidades admirables, Costantino. ¿Por qué sigues soltero?», pregunta ella, levantando una ceja con auténtica curiosidad.

La pregunta me pilla desprevenido y me deja momentáneamente sin habla. Probablemente haya una docena de razones por las que sigo soltero, incluida mi notoria naturaleza exigente. «He disfrutado sexualmente de muchas mujeres, pero es difícil encontrar a alguien con quien conectar a un nivel más profundo», admito finalmente, sintiendo un atisbo de vulnerabilidad traspasar mi bravuconería.

Ella inclina su pequeño y delgado cuerpo sobre el mostrador, con un movimiento fluido y elegante, y me mueve las cejas de forma sugerente. «¿Cumplo los requisitos?».

No puedo evitar reírme de su audacia. He amado a mujeres más jóvenes a lo largo de los años; tal vez sea cosa de hombres, o tal vez sea solo porque son más delgadas. Quizás solo soy un perro de corazón. Pero las mujeres con las que realmente he conectado siempre han estado más cerca de mi edad. Las más jóvenes a menudo parecen un poco más despistadas, inseguras de hacia dónde se dirigen en la vida, mientras que yo he pensado que si algún día me iba a sentar la cabeza, sería con una mujer que también estuviera en la treintena. Ella tendría experiencias de vida similares y, gracias a ello, podríamos conectar en múltiples niveles.

Pero conocer a Isadora me enseñó que la edad es solo un número. Con ella, me siento vivo, como si pudiera cambiar el mundo con solo estar cerca de ella. Puede parecer una locura admitir que me estoy enamorando de Isadora Dutton, pero ¿cómo podría resistirse alguien? Siempre está dispuesta a vivir una aventura, su descaro enciende una chispa en mí y encaja perfectamente en todos los aspectos en el dormitorio. Isadora se está convirtiendo rápidamente en todo para mí, llenando un espacio en mi corazón que ni siquiera sabía que estaba vacío. «Tú *eres el* criterio», la tranquilizo, con sinceridad en la voz.

Es un momento tierno el que compartimos, y es una pena que pase tan rápido como empezó, dejando solo un rastro de calidez a su paso.

De repente, se oye un golpe seco en la puerta principal, que rompe la intimidad de nuestro intercambio. Isadora se aleja de la encimera de la cocina, con la copa de vino aún en la mano, y se gira para dirigirse hacia la puerta. No le doy importancia hasta que oigo la copa romperse violentamente contra el suelo, el sonido cortando el aire como un cuchillo.

Levanto la vista de donde estoy de pie junto a la cocina, y se me hunde el corazón al ver a Carlo Rosetti en el marco de la puerta. Su expresión cambia al contemplar la escena: Isadora, los restos de cristales rotos que brillan siniestramente en el suelo y el caos de cajas esparcidas por todas partes, algunas medio desempaquetadas, otras todavía llenas de nuestros apresurados esfuerzos por instalarnos. Casi puedo ver cómo su mente procesa lentamente lo que está presenciando, mientras Isadora retrocede instintivamente, con los ojos muy abiertos por la alarma. Debe de

haber pisado algunos de los fragmentos, porque al retroceder, el azulejo de la entrada se convierte en alfombra y la sangre comienza a manchar la tela tostada, un marcado contraste con la suavidad de nuestro entorno.

—¿Tienes a mi novia? Carlo entra, con voz baja y peligrosa, haciendo crujir el cristal bajo su bota como si no fuera más que un mero inconveniente. «¿Por qué no me llamaste?».

Isadora me mira, con la confusión grabada en el rostro. «¿De qué está hablando?». Su voz tiembla levemente, una mezcla de miedo y desconcierto, y puedo sentir cómo la tensión en el aire se espesa a nuestro alrededor, como una tormenta a punto de estallar.

Esto solo va a empeorar. Aún no había encontrado la manera de librarme de la promesa que le hice a Carlo, la que me obligaba a perseguir a su prometida y entregarla en sus manos. El peso de mi obligación me oprimía como un ancla, y tampoco había encontrado las palabras para decirle a Isadora que su prometido me había contratado para localizarla. Estaba tan enamorado de la vida doméstica que habíamos empezado a construir juntos que había conseguido olvidarme por completo de esa oscuridad persistente. «Carlo, deberíamos hablar fuera», decido, con la voz firme a pesar de la confusión que siento en mi interior. Si hablamos de esto delante de Isadora, solo puedo imaginar el infierno que se desatará sobre mi cabeza, la tormenta de emociones que podría estallar.

Él examina la forma en que está vestida Isadora, con sus delicados rasgos aún iluminados por la confusión, y se fija en mi aspecto desaliñado y sin camisa. Carlo no tarda en atar cabos, y su ira se vuelve bruscamente hacia mí. —¿Qué estás haciendo con mi Isadora? —Su tono es un gruñido bajo, cada palabra rezuma furia.

Pero la rubia, feroz e inquebrantable, se niega a ser apartada. Vuelve la mirada hacia Carlo, lanzándole una mirada que podría atravesar el acero. «No soy *tuya*». Su voz se eleva desafiante, y puedo sentir el poder de su convicción, incluso frente a la ira de Carlo.

Antes de que pueda moverme alrededor de la península del mostrador para intervenir, Carlo reacciona con una brutalidad fulminante. Su mano golpea, golpeando a Isadora con una fuerza que resuena por toda la habitación. «Pagué un buen dinero por ti. Me casaré contigo, te prostituiré o te mataré si quiero. Cállate, zorra». Sus palabras son venenosas, y mi estómago se retuerce de repugnancia.

La ira llena mi pecho y hierve en un instante. «No le pongas las manos encima». Me acerco al mostrador, me pongo en pie, hincho el pecho en un intento de proyectar fuerza. «No te la mereces». La convicción que hay detrás de mis palabras enciende un fuego dentro de mí, alimentado por la injusticia de sus acciones.

Pero Carlo, impertérrito, saca una pistola, cuyo brillo metálico capta la luz. La apunta directamente a mi corazón, con expresión fría y calculadora, e inclina ligeramente la cabeza, como si me estuviera evaluando. «Te envío a buscar a mi mujer, ¿y así me lo pagas? ¿Follándotela? ¿Yendo a vivir con ella?». Su acusación pesa en el aire, un desafío que resuena en el espacio cargado de tensión.

Isadora me mira con la traición grabada en sus rasgos, sus ojos brillan con lágrimas contenidas. Su labio sangra, un marcado contraste con su pálida piel, y su mejilla ya muestra el comienzo de un moretón oscuro, un doloroso recordatorio de la violencia que nos rodea. «¿Me estabas

persiguiendo?». El deje de tristeza en su tono cuando se da cuenta de que la engañé es desgarrador, cada palabra está impregnada de incredulidad y angustia.

«Acepté el trabajo, pero no tenía intención de entregarte a él». Le suplico a Isadora con la mirada, con el corazón dolorido por su confianza. Necesito que me crea, que vea que mis acciones nunca tuvieron la intención de causarle esta angustia. Nunca quise hacerle daño; la idea de causarle dolor me oprime el pecho.

Carlo gruñe en respuesta, su voz es un rugido bajo que atraviesa la frágil atmósfera e interrumpe nuestro momento. —Me quitaste el dinero, Costantino —gruñe, con un tono que rezuma desprecio mientras nos interrumpe a los dos, afirmando su dominio —.

«Y te devolveré el dinero. No lo quiero». Joder, ni siquiera lo necesito, no si eso significa perder a Isadora, no si eso significa sacrificar cualquier posibilidad de un futuro con ella.

«Debería dispararte». Carlo da un paso amenazador hacia mí, su presencia se cierne mientras pasa junto a Isadora, ignorando su dolor como si fuera intrascendente. «Por quedarte con mi dinero, por quedarte con mi mujer y por mentirme al respecto».

Si pudiera volver a hacerlo todo, lo haría. Reescribiría toda la historia de esta pesadilla. «Rescindiré tu compromiso». No me importa cuánto cueste. Le devolveré lo que sea que haya pagado a los padres de Isadora, sin importar el sacrificio.

Pero Carlo solo se ríe, un sonido cruel que resuena en el aire tenso. «El doble».

Frunzo el ceño, mi determinación se endurece, pero no tengo que mirar a Isadora para saber que ella lo vale, que vale cada centavo, cada riesgo. «Hecho».

Su pistola permanece firmemente apuntada a mi pecho, una amenaza palpable que flota en el aire. La mirada de Carlo se dirige a Isadora, con un brillo depredador en sus ojos mientras chasquea la lengua en una fingida simpatía. «He oído historias sobre esta bonita boquita tuya», se burla, con una sonrisa burlona en las comisuras de los labios. «Es una pena que no pueda tener esos labios alrededor de mi polla. A menos que —hace una pausa deliberadamente, lanzándome una mirada curiosa que parece una daga—, ¿me endulzas el trato con una mamada de la puta? Te rebajaré veinte mil dólares de lo que me debes.

Una oleada de furia se enciende dentro de mí, hirviendo mi sangre. Nunca permitiré que profane a Isadora; no me importa en qué agujero esté pensando meterse. —No —le respondo bruscamente, con voz firme a pesar del caos que nos rodea—. Le estoy comprando a Isadora su libertad. Ella no me pertenece más de lo que te pertenecía a ti.

La risa de Carlo es fría y burlona. —Todo lo que has comprado es mi derecho a casarme con ella. Si sus padres quieren venderla de nuevo, lo harán. —Baja el arma, y la tensión en la habitación cambia cuando adopta una postura más relajada. «Pero dudo que pida un precio alto. Todos hemos oído los rumores sobre ella. No vale los cien mil dólares que pagué por ella, y no valdrá los doscientos mil dólares que me debes por su supuesta libertad. Pero disfruta de tu premio, supongo».

Siento el peso de sus palabras como una pesada piedra en mis entrañas. No tengo 200 000 dólares, pero eso es algo que debo resolver otro día. Hablaré con la familia, llegaré a un acuerdo, haré lo que sea necesario por Isadora, aunque signifique pasar por un infierno. «Sal de mi casa,

Carlo», le ordeno con voz baja y firme, mezclada con una intensidad hirviente.

Él retrocede lentamente, con una mirada perezosa y burlona en su rostro, como si disfrutara de este juego de poder. «Tu reputación quedará arruinada cuando acabe contigo, Costantino Bianchi. Nadie volverá a confiar en ti», se burla, sus últimas palabras flotando en el aire como un oscuro presagio.

Que le den a ser cazarrecompensas. Nunca fue un camino que yo eligiera; simplemente cayó en mis manos como una carga no deseada. Sin embargo, si eso significa sacrificar esta vida por Isadora, lo haré sin dudarlo. «Ese es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Adiós, Rosetti».

Cuando sale del local, siento que me quito un peso de encima, pero rápidamente lo sustituye la urgencia del momento. Me apresuro a encontrar un par de zapatos para ponerme, su familiar comodidad me da estabilidad mientras navego por el caos. Me dirijo a la puerta principal, la cierro con firmeza tras de mí y bloqueo el cerrojo con un sentido de finalidad, por si acaso se atreve a regresar. El sonido del cristal que cruje bajo mis pies me recuerda la confrontación, pero lo ignoro; tengo que ver cómo está Isadora.

Cuando me doy la vuelta, se me hunde el corazón al verla encaramada en la encimera de la cocina, con la mirada fija en sus pies ensangrentados iluminados por las duras luces del techo. «¿Estás bien?», le pregunto, suavizando la voz al ver su angustia.

«¿Se suponía que ibas a entregarme a él? ¿Cuándo ibas a contármelo?». La voz de Isadora es tranquila, entremezclada con dolor, y ni siquiera levanta la vista de su tarea. En su lugar, agarra un paño de cocina de la encimera y lo presiona contra las heridas para limpiar la sangre, con las manos ligeramente temblorosas.

«Estabas prometida con él. ¿De verdad pensaste que iba a desaparecer?». Las palabras se me escapan, teñidas de frustración. Ambos somos irresponsables a nuestra manera, pero esto es diferente. «No podías suponer que, solo porque te alejaste de tu familia y te mudaste aquí, todas las cosas malas del mundo desaparecerían mágicamente».

Isadora hace una mueca de dolor al arrancarse un trozo de cristal del pie, con una expresión que mezcla dolor e incredulidad. —No, pero tenía grandes esperanzas de que el tipo con el que me mudé fuera bueno. —Su tono es punzante, y no puedo culparla por sentirse traicionada.

Quiero discutir, defenderme, pero la verdad es complicada. Soy un buen tipo, o al menos lo intento, en este mundo retorcido en el que vivimos. —Isadora, por favor, no me rechaces. Estoy haciendo todo lo posible. Necesitaba tiempo para decidir qué hacer con Carlo. —Mi voz se quiebra ligeramente, el peso de mis intenciones cuelga en el aire entre nosotros, un frágil puente sobre el abismo de su decepción.

—Lo entiendo —reconoce ella, con voz firme, pero teñida de un dolor subyacente—. Pero lo que no entiendo es por qué no me lo dijiste desde el principio. ¿De verdad querías salir conmigo o solo planeabas secuestrarme y arrastrarme de vuelta con Carlo? ¿Acaso te importo? ¿Ayudarme a escapar de mis padres fue solo un medio para ganarme la confianza? ¿Por qué mantener todo esto en secreto?

Porque la verdad no siempre es fácil. A veces, es un trago amargo. Porque soy un idiota. Debí haber sabido que podrías manejarlo. Pero la gente hace cosas estúpidas cuando se enamora de

alguien —admito, con la voz teñida de arrepentimiento.

Isadora deja caer el pie, colgando junto al otro mientras cuelgan del mostrador, su postura delata una mezcla de frustración e incertidumbre. La sangre en la comisura de su boca gotea por su barbilla, un crudo recordatorio del caos que nos rodea, y tengo tantas ganas de acercarme y limpiarla, de cuidarla de cualquier manera que pueda. «Estás loco, Costantino», dice, pero hay un toque de duda entre sus palabras, como si estuviera luchando con sus propios sentimientos.

«Loco por ti, Isadora Dutton», respondo, con el corazón acelerado mientras me acerco, la distancia entre nosotros cargada de emociones tácitas. «Y si costara 200 000 $ o 2 000 000 $, te habría liberado de tu matrimonio con Carlo sin pensármelo dos veces. Incluso si todo lo que obtengo a cambio son un par de orgasmos y algunas cenas. Lo haría sin pensarlo dos veces». Me acerco a ella lentamente, como si fuera un gato asustadizo, listo para salir corriendo en cualquier momento. «Eres libre, Isadora. Elígeme. Elige una vida conmigo».

«Nunca he elegido a nadie», admite con voz entreverada de incertidumbre y vulnerabilidad. «No sé si creo en el matrimonio o en el para siempre o en nada de eso». Oírla decir esas palabras me atraviesa el corazón, un profundo dolor resuena dentro de mí. «Pero creo que tengo que darte una oportunidad. Cualquier hombre que gaste tanto en una mujer, sin esperar nada a cambio, merece al menos una oportunidad».

Eso es todo lo que pido; la preciosa oportunidad de darle a esta mujer extraordinaria el mundo que se merece. «Te compensaré, Isadora», prometo con voz firme y sincera.

Pero ella niega con la cabeza, un gesto suave y resuelto. «Tengo algo que nunca pensé que sería mío: mi libertad. Sé que es una tontería, pero no necesito nada más. Solo quiero ser». Sus ojos brillan con una feroz independencia que me cautiva y a la vez me aterroriza.

«Entonces, simplemente sé tú misma, hermosa. Tal vez sé tú misma conmigo», sugiero, con palabras que brotan de mis labios con esperanza, anhelando entrelazar nuestras vidas de una manera que se sienta tan natural como respirar.

ISADORA

Quiero decir que he hecho cosas peores que Costantino. Aunque puede que no haya traicionado a mis amigos, ciertamente he estado peligrosamente cerca de hacerlo, rozando los límites de la traición. Es este entendimiento compartido lo que me permite perdonarlo. Cuando te has visto sumido hasta las rodillas en la porquería de las malas decisiones, resulta más fácil perdonar a otros que han tropezado en la misma oscuridad.

Además, no es un mal compañero de piso en absoluto. Después de solo una semana viviendo con él, casi puedo ver la luz al final del túnel, un destello de esperanza que ilumina mi camino. Lentamente, pero con seguridad, estoy saliendo de la asfixiante vida familiar en la que estaba atrapada. Estoy forjando una nueva existencia en un mundo donde no estoy agobiada por las obligaciones familiares, donde mis decisiones son mías.

Costantino da sin parar, un espíritu generoso que parece prosperar en la conexión. Apenas esperó veinticuatro horas después de que Carlo se fuera de la ciudad antes de presentarme a su padre, como si no pudiera esperar para compartir este nuevo capítulo de su vida. No usó explícitamente la palabra «novia», pero las miradas significativas que intercambió con su padre lo decían todo. Me encontré contratada sin haber presentado nunca una solicitud. «Animarás a los hombres a comprar artículos más caros», dijo con una sonrisa de confianza. «Te mirarán y pensarán que cuanto más gasten, más posibilidades tendrán contigo».

No ganaba ni de lejos el dinero de un millonario. A 14 dólares la hora, parecía una batalla cuesta arriba, una escalada interminable hacia una cumbre financiera donde finalmente podría comprar todas las cosas que quería en la vida. Incluso con la perspectiva de las comisiones por ventas, no podía imaginar un futuro en el que alcanzara las metas a las que aspiraba. Pero era un trabajo, un punto de apoyo en el mundo y, lo más importante, significaba dinero en mi bolsillo: una victoria pequeña pero significativa.

Mientras tanto, Costantino estaba ocupado trabajando para pagar una deuda que había contraído al darme mi libertad, un sacrificio que pesaba mucho sobre él. Por el contrario, yo me centré en conseguir préstamos estudiantiles para continuar mi educación. Con un año y medio de estudios por delante, mi deuda no sería exorbitante al final, pero la idea de ella todavía me hacía sudar de ansiedad. Cada paso hacia la firma de los documentos y la puesta en marcha del proceso se sentía como un gran salto lejos de la familia Dutton, cada firma un pequeño acto de desafío contra la vida que estaba ansiosa por dejar atrás.

Para las cosas que no podía permitirme mientras tanto, Costantino me ofreció generosamente una

tarjeta de crédito sin fecha de vencimiento, una invitación que me resultó intimidante y liberadora a la vez. «Haría esto por cualquiera», juró cuando dudé, insegura de cómo aceptar tal regalo sin sentir que me estaba imponiendo. Me encontré arrodillada ante él, no porque él lo hubiera exigido, sino porque me sentía atraída por el deseo de corresponder al placer que me había dado. Metérmelo en la boca fue una experiencia completamente diferente a tenerlo dentro de mí; era una conexión que parecía atarnos de formas que nunca había imaginado.

Mientras tanto, mis padres me bombardeaban con llamadas, sus voces llenas de urgencia y desesperación. Incluso amenazaron con rastrear mi teléfono, jurando que aparecerían dondequiera que me escondiera. En un esfuerzo por distanciarme de su control, me compré un teléfono nuevo y me desligué de su plan, decidida a no dejar que arruinaran la vida que estaba tratando de construir con tanto esfuerzo. A pesar de mis esfuerzos, el aluvión de mensajes de texto continuó, una tormenta implacable de súplicas de mi madre. Ella no parecía estar tan furiosa como mi padre; al fin y al cabo, mamá simplemente quería asegurarse de que yo estuviera sana y salva.

Nunca tuve la intención de pasar todas las noches en la cama de Costantino, pero así es como se desarrollaron las cosas. Por muy ocupados que estuviéramos, haciendo malabarismos con el trabajo, la escuela y los dispersos restos de mi pasado roto, invariablemente me encontraba acostada junto a él al final de cada noche. No siempre teníamos intimidad física, pero cinco de cada siete noches me dejaban con la sensación de que mis entrañas se habían vuelto gelatina, una feliz consecuencia de nuestra cercanía.

Lo que me pareció lo más extraño de nuestro acuerdo fue la profundidad del cuidado de Costantino. Al principio, supuse que simplemente lo impulsaba la emoción del deseo, el tipo de hombre que se encapricha de un agujero más estrecho y húmedo. Pero con el tiempo, me di cuenta de que realmente quería saber cómo me iba el día, mi vida más allá del dormitorio. Cada noche, exactamente a las 6:30, preparaba la cena, convirtiéndolo en un ritual en el que me preguntaba por mis clases y las ventas que hacía en la tienda. Escuchaba con atención cada palabra mientras contaba las locas y disparatadas historias sobre mis compañeros de clase, aunque nunca había conocido a ninguno de ellos. Su interés parecía sincero, una presencia reconfortante en medio del caos de mi vida.

Cuando llegó y pasó el fin de semana, también lo hizo mi oportunidad de salir por la ciudad y deshacerme del estrés de la semana. Pero como Autumn todavía se estaba recuperando de su reciente experiencia y mi bolsillo se sentía particularmente delgado debido a la falta de flujo de efectivo, probablemente eso fue lo mejor. En cambio, Costantino y yo pasamos nuestros días llevando a Norman al parque para perros, viéndolo retozar y jugar con otros perros, mientras discutíamos sobre qué cenar, nuestros debates a menudo puntuados por la risa.

Sentía que nos estábamos instalando en una versión de la felicidad doméstica con la que solo había soñado. Cocinaba con un estilo que hacía que cada comida fuera especial, y sacaba la basura sin pensárselo dos veces. Yo, a su vez, me ocupaba de los platos y la colada, encontrando cierta satisfacción en el ritmo de nuestras tareas compartidas. Nos encontramos cayendo en una rutina que era a la vez reconfortante y estimulante. Lo que me habría aterrorizado semanas antes ahora me parecía una evolución natural de mi vida. Era una mujer transformada por el amor de un buen hombre, el tipo de amor que hacía que las tareas mundanas tuvieran sentido.

«¿Bebes leche?», me preguntó una noche, con un brillo de curiosidad en los ojos.

Costantino miró expectante el litro que tenía en la mano, como si contuviera los secretos del universo. «¿Quién bebe leche aparte de los niños? La necesito para cocinar», respondió, con un tono que sugería que era la respuesta más obvia del mundo, como si yo debiera haberlo sabido mejor.

Necesitaba mejorar en la cocina; no era justo que él cocinara todas nuestras comidas con tanto entusiasmo y habilidad. Suspiré, contemplando mis limitaciones culinarias. «Supongo que podría usar la leche para hacer panqueques», dije finalmente, con un destello de determinación en mi interior. Recordé la alegría de hacer tortitas con mi madre una vez, cuando era más joven, hace muchos, muchos años, la cocina se llenó de risas y del dulce aroma de la masa. A medida que la riqueza de mi padre aumentaba, su interés por la cocina disminuía, y cuanto más podía permitirse, menos probable era que se la encontrara en la cocina, dejándome con recuerdos agridulces.

«¿Como tortitas de arándanos?», dijo Costantino, con los ojos brillantes mientras sostenía la concha de almejas de arándanos que había echado en el carrito. «Porque ahora mismo me apetecerían unas tortitas de arándanos».

«Yo soy más de chispas de chocolate, pero por un día puedo comerme unas de arándanos». Recorremos el bullicioso pasillo de alimentos étnicos, donde los envases brillantes y los colores vivos crean un vibrante tapiz de culturas culinarias. A un lado, hay una tentadora variedad de especias y salsas mexicanas, mientras que al otro se exhibe una impresionante selección de fideos y salsas asiáticos, todo ello mezclado con las ricas tradiciones de la cocina italiana. Más abajo, una sección dedicada a las sopas nos atrae con promesas de calidez y confort.

Costantino empieza a echar caja tras caja de pasta en el carrito con un entusiasmo que me hace sonreír. Me acerco para coger un poco de salsa para pasta del estante, imaginando la rica y fragante comida que podríamos crear, pero cuando me doy la vuelta, lo encuentro mirándome con horror, con una expresión que mezcla incredulidad y urgencia. «¿Eh, qué?», pregunto, genuinamente confundida.

Sin perder el ritmo, se acerca y me quita los tarros de las manos con un agarre firme pero suave. Con un movimiento de cabeza, Costantino los vuelve a colocar en el estante donde los encontré, como si fueran contrabando. «Hacemos nuestra propia salsa, Isadora. Haríamos nuestra propia pasta si tuviéramos tiempo, pero soy un tipo ocupado», explica, con un tono de voz que denota una juguetona exasperación.

Apenas puedo improvisar una salsa envasada, ¿y este hombre quiere que haga qué? «No sé cómo hacer salsa para espaguetis, Costantino. ¿Y si te vas y me apetece espaguetis?». La idea de rebuscar en una receta mientras él no está me da miedo.

Me bloquea el camino de vuelta a la salsa roja en tarros, y su expresión se suaviza. «Haremos una tanda este fin de semana. Las tandas dan para veinte, a veces veinticinco tarros. Probablemente necesitemos llevarle algunos a mi madre». Frunce el ceño pensativo y la calidez de sus ojos se intensifica. «Supongo que no querrás venir a conocerla». La invitación está en el aire, prometiendo un vistazo a su mundo y a las tradiciones culinarias que lo han moldeado.

Tengo que recordarme a mí misma que no todos los padres son como el mío. Costantino probablemente ama a su madre porque es una buena mujer, cariñosa y comprensiva de una manera que me resulta extraña. Yo amo a mi madre, pero es más una obligación que una

elección, un deber arraigado profundamente en las complejidades de nuestra relación. Sin embargo, la idea de conocer a su madre me pone ansiosa, un cosquilleo de nervios baila en mi estómago. Su padre podría ser mi jefe, una figura que no tengo que ver a menudo, pero la perspectiva de enfrentarme a su madre me resulta mucho más desalentadora. «No estoy segura de que sea una buena idea».

Costantino comienza a caminar lentamente hacia delante, tirando del carrito detrás de él con una facilidad que me hace sentir pesada por la incertidumbre. «¿Por qué no? No es que vayamos a anunciar un compromiso ni nada de eso. Solo quiero que conozca a la mujer que más significa para mí», responde con voz firme, llena de una seriedad que me pilla desprevenida.

Los viejos sentimientos de ansiedad regresan como una marea, amenazando con arrastrarme. «Pero solo soy la chica con la que vives», digo con una risa nerviosa, tratando de enmascarar mi incomodidad. Cuanto más se aleja Costantino, más rápido tengo que acelerar el paso para seguirle el ritmo, con el corazón acelerado mientras lucho por encontrar las palabras adecuadas. «Eso es lo que soy, ¿verdad? ¿Tu compañera de piso?».

—Sabía que acabaríamos teniendo esta conversación; solo que no pensé que sería en medio de la compra —dice Costantino, cogiendo una botella de salsa de soja de la estantería y tirándola al carrito con un movimiento casual de la muñeca. Cuando me mira, su mirada atraviesa mis defensas, dejándome expuesta—. Eres prácticamente mi novia, Isadora. En todo menos en el nombre.

Una semana no es suficiente para ser mi novia, me recuerdo a mí misma, con el peso de la realidad cayendo sobre mis hombros. «Solo porque tengamos sexo no...»

Pero él me interrumpe, con voz firme pero amable. «No es solo el sexo, Isadora. Son los abrazos en el sofá mientras vemos la televisión antes de acostarnos, compartiendo palomitas y risas mientras salen los créditos. Son los pequeños momentos, como susurrar secretos e intercambiar miradas que se prolongan un latido demasiado. Es compartir nuestras vidas juntos, navegar por el caos que la vida nos depara y confiar el uno en el otro a pesar de toda la mierda que este mundo nos arroja. Sé que por alguna razón tienes miedo de estar en una relación, pero abre los ojos, Isadora, estás en una».

De repente, los hilos de nuestra rutina doméstica compartida se entrelazan de una manera que tiene mucho sentido. No estamos jugando a las casitas; nos estamos enamorando, lo quiera admitir o no. —Eso no es justo. No acepté salir contigo —contesto, con la voz teñida de una mezcla de desafío e incertidumbre.

Costantino se ríe suavemente, sacudiendo la cabeza como si mi resistencia le resultara divertida y entrañable. «No quiero convencerte de que hagas algo que no quieres hacer, pero ¿qué es esto?». Hace un gesto animado entre nosotros dos, con expresión seria. «¿Qué estamos haciendo? No necesitamos una etiqueta si tú no quieres una, pero sé que no somos solo compañeros de piso. Así que sigue diciéndote a ti mismo que esto no es una relación. Voy a seguir actuando bajo la suposición de que si saliera ahora mismo y me follara a otra mujer, te enfadarías».

«No te enfadarías». Mi respuesta es inmediata, pero puedo oír el tono abatido de mi voz, que delata la aprensión que persiste bajo mi bravuconería.

Da la vuelta al carrito y se coloca justo delante de mí, su imponente figura se eleva sobre la mía,

esos grandes ojos marrones se fijan en los míos. Recorro con la mirada la delicada curva de sus labios en forma de arco de cupido, evitando deliberadamente el contacto visual directo, como si al mirarme fijamente durante demasiado tiempo pudiera revelar la verdad de mis sentimientos. «Yo no lo haría, Isadora, tienes razón. Porque eres la única mujer con la que quiero estar. Y que no puedas decirme esas palabras no significa que no crea que sientes lo mismo. Esperaré hasta que estés lista. Haré lo que sea necesario», me asegura con voz firme y segura, llena de una convicción inquebrantable que me estremece.

Lo odio. Lo odio por ser tan sensato en medio de mi caos. Lo odio por ser tan amable, tan exasperantemente comprensivo. Sobre todo, odio no odiarlo, que de alguna manera, se las arregle para abrirse camino en mi corazón a pesar de mis mejores esfuerzos por alejarlo. «Está bien», finalmente concedo, con la voz apenas por encima de un susurro.

Costantino frunce el ceño, la confusión parpadea en sus hermosos rasgos. «¿Está bien, qué?», me incita, instándome a dar más detalles.

«Quedaré con tu madre». Mi corazón se acelera al admitirlo, un paso hacia un territorio peligroso que resulta emocionante y aterrador a la vez. Pero tal vez, solo tal vez, es lo que tengo que hacer para enfrentarme a este enredo entre nosotros. «Y supongo que soy tu novia, pero solo si eso significa que no vas a ir por ahí acostándote con otras mujeres». Las palabras salen a borbotones, teñidas de incertidumbre, pero con una extraña sensación de determinación.

En un instante, me rodea con sus brazos, me atrae hacia un cálido abrazo que me hace sentir como en casa, y una amplia sonrisa se dibuja en su rostro. «No quiero a nadie más que a ti, Isadora», declara, con tono serio, como si sellara una promesa entre nosotros.

En la lúgubre iluminación fluorescente de la tienda de comestibles, rodeados de las vistas y los sonidos mundanos de la vida cotidiana, Costantino y yo hacemos las cosas oficiales. Me siento tonta, incluso loca, pero una ligereza me envuelve, aliviando el peso de mi indecisión. Nunca antes había sido novia, pero tal vez, solo tal vez, estoy preparada para la tarea que tengo por delante. «Yo tampoco quiero a nadie más que a ti, Costantino», afirmo, con el corazón finalmente alineado con mis palabras.

El romance no ha muerto. Con un ademán elegante, me levanta del suelo y me hace girar, plantándome besos juguetones por toda la cara. «Estoy deseando enseñarte a hacer salsa roja de verdad. Te cambiará la vida», declara con los ojos brillantes de entusiasmo.

Todo lo relacionado con este hombre ya ha cambiado mi vida de formas que nunca creí posibles. ¿Qué más da? —Vale, pero no esperes que sea una maestra de las salsas de inmediato. Todavía estoy aprendiendo a hacer el desayuno. Después de los panqueques, nos meteremos de lleno en las galletas y la salsa —respondo, con una sonrisa burlona en los labios.

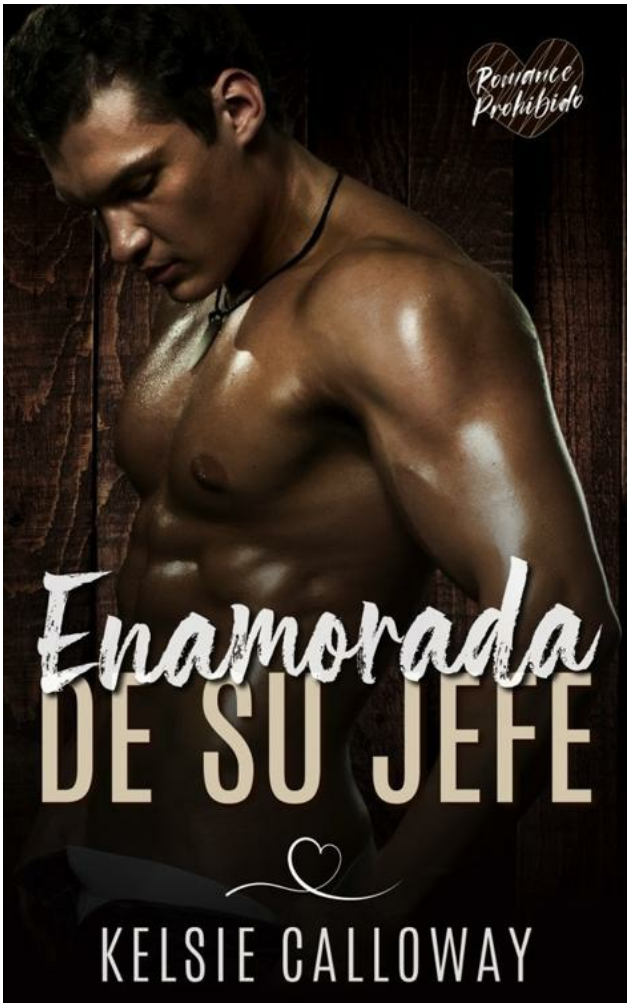
Costantino no me suelta; simplemente me abraza con fuerza, el calor de su abrazo me envuelve como una manta suave, y me sonríe, con una expresión cariñosa y juguetona. «No me envenenes», bromea, pero puedo ver un destello de preocupación genuina en sus ojos.

«Me pides mucho, pero lo haré lo mejor que pueda», le prometo, mientras se me escapa una ligera risa al imaginar los desastres culinarios que podrían esperarle.

Resulta que Autumn Gallagher-Bianchi *tuvo razón* en lo que respecta a la familia. Los Bianchi

son algo completamente distinto, pero del tipo de algo que transforma tu vida de una manera que nunca podrías haber imaginado. Su calidez, sus peculiaridades y su apoyo inquebrantable parecen integrarse perfectamente en el tejido de mi existencia, haciéndome sentir como si finalmente perteneciera a algún lugar.

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

https://amazon.com/author/kelsiecalloway